El sistema político español en vísperas del posible ingreso en la CEE (27 noviembre 1978)

Leyenda: Ensayo de J. Romero Maura del 27 de noviembre de 1978 sobre el sistema político español en vísperas del posible ingreso en la Comunidad Económica Europea (CEE).
Con el comienzo de las negociaciones con la CEE cercano, y poco antes del referéndum para la aprobación del proyecto de Constitución española, el autor pretende en este ensayo mostrar su visión a corto y medio plazo la evolución del sistema político español, así como el posible impacto de la adhesión.

Fuente: Secretaría de Estado para la Unión Europea, Madrid, 1016.I.III ESP 9d) 27.11.1978.

Copyright: (c) Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación de España

URL:
http://www.cvce.eu/obj/el_sistema_politico_espanol_en_visperas_del_posible_ingreso_en_la_cee_27_noviembre_1978-es-32f07dda-6919-4984-8b34-4faae4552e51.html

Publication date: 20/02/2014

www.cvce.eu

1016.1.III Esp
9 d)

EL SISTEMA POLITICO ESPAÑOL EN VISPERAS DEL PROBABLE INGRESO EN LA C. E. E.

J. ROMERO MAURA

El título - y el ensayo - corresponden a una interrogante naturalísima ante el inminente comienzo de las negociaciones para el ingreso de España en la CEE. Naturalísima pero formulada en un momento de escasísima visibilidad política, por estarlo en vísperas de un referéndum constitucional del que auguran casi contestes los observadores que será la primera cesura profunda del post-franquismo democrático. Pero negarse a contestar en vista de esto sería tanto como imputar inutilidad a la reflexión emprendida para ganar puntos de lucidez.

He dividido la presentación del argumento en cuatro partes: lo que hay, tal y como puede vérselo ahora mismo; lo que es verosímil que se avecine; lo también verosímil de suponer acerca de un porvenir más alejado, digamos a medio plazo; y el impacto probable del ingreso europeo en las fases sucesivas. Todo ello en el ámbito político, es decir después de que los datos de la sociedad observada alcanzan a cobrar estado político, transformados en algunos de los ingredientes de que está hecha la política en cada caso.

I. EL SISTEMA

Los régimenes jóvenes suelen engañar. Unas veces, luego de haberse prestado con artera afabilidad a que se los describiese según los cánones habituales de los tratados de ciencia política, se escabullen del modelo, sin dejar de éste otra cosa que escombros de falsas analogías. Otras veces, es tal la complejidad de lo que sucede o tanta la dificultad de sobreponerse a la inmediatez de las metamórfosis, que el observador, reacio a reconocer su incapacidad de aprehender el cambio, se convence de que la realidad observada es intrínsecamente caótica, y lo es irremediablemente. En el segundo caso, cuando los observadores son además actores, o informan a quienes están en condiciones de tomar decisiones graves, su veredicto incompetente puede resultar muy nocivo. Pero tampoco está exento de peligros el desencanto de los que, habiendo primero errado el diagnóstico, se encuentran de pronto desamparados ante una evolución insospechada.

En el caso de España, ha sucedido que las categorías ya tradicionales en la descripción de sistemas liberales democráticos occidentales han servido bastante bien para el menester de acompañar con una noción ordenada lo habido en los tres años transcurridos desde la muerte del general Franco o en los dos y medio desde el primer gobierno Suárez. Creo por lo demás que la misma facilidad con que España entraba en el alveolo interpretativo preconcebido ha contribuido a distraer la atención del analista. De hecho, visible ya hoy el entramado del sistema que rige, el que sabe cómo funcionan las democracias occidentales no puede dejar de sorprenderse de las disparidades entre éstas y el modelo español. Diseño nuevo, aunque no fuera designio concreto de nadie, es verdad que este modelo original lo estrenamos los españoles, y se va consolidando, sin que muchos de los actores políticos secundarios parezcan haberse percatado aún del todo de cómo es y en qué consiste. Mientras, la comprensión general de sus mecanismos aflora, aunque con lentitud geológica. Aquella confusión y esta lentitud son perfectamente normales, visto lo que es el sistema, y dado lo poco que éste incentiva en los más el conocimiento de su dinámica real y aún la observación. Pero el político jefe y el analista atento, ellos, lo ven claramente: pueden, y es su oficio. Oficio del segundo es además describirlo.

Como siempre que se mira a la política, nos confronta un inventario heteróclito: anhelos, rechazos y esperanzas, suspendidos de las ideas de las personas acerca de lo que es probable y posible; relaciones que se aprenden, asumen, y plasman, con o mediante nociones absorbidas o lucubradas por las personas; palabras que son nociones por ellas retransmitidas, acciones que plasman sucesiones ideadas y se encaminan hacia metas concebidas ... Personas y nociones: en todo caso personas y nociones - conceptos ellos mismos irreducibles. De los muchos criterios de clasificación de que podemos echar mano para obtener una distribución significativa de los datos que queremos analizar, podemos comenzar con alguno sencillísimo, y clarificador. Por ejemplo, si identificamos, en la política cotidiana, a los que dialogan entre sí, a los que monologan, a los que exhortan, o impetran, o conminan; vemos con y ante quienes; nos fijamos en cómo conforman sus auditorios.

Cuando se ha mirado y oído con atención; si se ha tomado nota de mecanismos parciales que, siendo consubstanciales a las otras democracias occidentales, no aparecen por ninguna parte en España; atendidos el carácter preordenado de los congresos habidos, la índole protocolaria de consultas ex post facto, y más que veremos a continuación ... - todo bien pesado, se nos impone como evidente un deslinde acentuadísimo. Vemos casi una frontera. Entre quienes, por una parte

negocian entre sí de espaldas a los demás, y quienes por otra ofician de testigos, oyentes, o mandados. El corte es muchísimo más nítido que en los otros países occidentales democráticos, donde no es tanto ni tan exclusivo como en España . tropismo recíproco que caracteriza a los políticos y sindicalistas prominentes de diversas afiliaciones. Esta segregación, de la que el ballet cotidiano de las reuniones y conciliábulos habidos, y el contrapunto de los no habidos con otros actores, son prueba fehaciente, recuerda párrafos clásicos de las descripciones que los oradores populistas hacían de la política coetánea. No es cosa de desempolvar sus políticos sañudos de rebotica, esquilmadores del sufrido pueblo: en todo caso, huelgan aquí todos los adjetivos que no contribuyen al análisis. Pero, si buscamos un símil de partida, creo que, podado de lo que zahiere, el modelo descrito en las diatribas populistas se compadece bastante bien con lo que hay. Dicho esto sin asumir esquematismos, y al margen de muchas connotaciones que pasan por evidentes sin serlo en absoluto: por ejemplo, negociar de espaldas a los interesados no acarrea el hacerlo siempre a expensas suyas, y ser testigo no implica que se sea mudo, ni los mandados, aún siéndolo, obedecen siempre.

Mirón antes que escudriñador, el analista recuerda sin poderlo remediar los ictiosarios de las pesadillas infantiles: una cabeza lejana, como poco idónea, y se diría que mal o poco conectada con un corpachón desgarbado. Aquí, arriba, el núcleo de los jefes políticos, incluídos los sindicalistas más destacados. Núcleo reducido, pero con mucha cohesión. La intensidad de las relaciones interpersonales en el interior del núcleo, su asiduidad, no son lo único, ni acaso lo más importante. Lo que llama la atención aquí es hasta qué punto las relaciones en el interior del núcleo aparecen como constitutivas del marco de referencia primordial para cada uno de los miembros del mismo. Trasciende una clara voluntad de privilegiar siempre los estímulos procedentes de los otros miembros: y más si tienen la forma de peticiones de ayuda. La subjetividad de los protagonistas condiciona el funcionamiento de todo el cuerpo político en la medida en que, por obra de las adaptaciones constantes que se operan en el núcleo superior, les cabe a sus miembros, mancomunadamente, imponer desde ahí exclusiones a los de afuera. O, si no tanto, por lo menos normas relativamente rígidas, condicionadoras de la eficacia con que los estímulos exteriores al meollo superior lo alcanzan, y reciben la atención requerida.

Atenderemos nosotros primero a aquél, a cómo son los conductos, y a qué formas y propiedades tienen los elementos que circulan por la retícula del núcleo. Luego habremos de ocuparnos del engarce con el resto del cuerpo político. Sólo así podremos hacernos cargo de su dinámica probable, de su verosímil capacidad de reproducirse.

De hecho, las relaciones mecánicas básicas en este núcleo superior son de una sencillez pasmosa. Casi parece un juego de niños. Las personas, ya se sabe quiénes son: jefes que ostentan jefaturas diversas. Una o varias a la vez: la del Estado, la del gobierno, la de alguno de los grandes partidos, y la de alguna de las centrales sindicales importantes. De todas las voluntades que debe exteriorizar, sin ambigüedad excesiva para sus colegas, el que siendo jefe quiere ser del corro de los jefes, es primordial la de componenda. Aunque sea supeditada a que los otros se la reclamen y con tal que recaben lo específico, de modo aceptable. El qué de lo exigido, lo veremos luego. Del cómo, aunque difícil de precisarlo, diríase que para ser aceptable tiene que venir pedido de tal forma que se preste a ser contabilizado como algo reciprocable: en tal contexto, a nadie le gusta - y casi no se puede - ceder lo que hace figura de botín de guerra en manos del adversario colega. La voluntad de componenda, en quienes son o aparentan ser jefes de partido y defensores de ciertos intereses, tiene que justificarse. Aquí, cumplidos los otros requisitos, se la justifica en aras de la meta explícita de mantener la democracia. La democracia, todos los jefes del núcleo que han expresado su parecer la dicen amenazada de muerte instantánea ante cualquier atisbo de empecinamiento programático. Por lo demás, se afirman todos muy convencidos de sendas ideologías, renunciables tan sólo en la parte de la ejecución, y por las razones recién aludidas.

Dicha así, la precedente descripción parece una caricatura de algo corrientísimo en otros regímenes democráticos liberales. Lo sería, si de éstos hablásemos. En el caso de esta España, no lo es. A lo sumo, una simplificación. Porque, aquí las novedades: hasta qué extremo insólito priva la relación entre jefes políticos, que lo sean de partidos adversarios o de instituciones a las que no corresponde tradicionalmente este papel en los sistemas donde las hay; la libertad dilatadísima con la que pactan entre sí; el escasísimo intercambio de puntos de vista con los propios; la parquedad y parvedad de las campañas de explicación. En todo, trátese de política exterior, del pacto económico, de la política del crédito, o de cualquiera de las fases - aún las más cruciales -

de la secreción del texto constitucional.

Supone la descripción anterior un gran vacío, un entorno democrático cuyo abigarramiento vendría a esconder un sistema vascular ralo, poco menos que inerte. Algo por ende que casa mal con algo que todos hemos dado siempre por supuesto, v.g. que cuando hay libertad, hay democracia. Hasta los convencidos de que esa relación es intransitiva, y aún los creídos de que su libertad se nutre o nutría de las pocas opciones ajenas, han aceptado aquel postulado. Y sin embargo...

No nos interesa aquí de entrada la etiología del pasado inmediato. Pero es preciso salir al paso de argumentos y objeciones probables, fundados en aquél. Y el estudio de lo sucedido puede coadyuvar a centrar la imagen del mecanismo, que es sustancialmente el mismo de dos años a esta parte.

Siempre es abusivo el resumen de las interpretaciones disponibles, pero en este caso no creo desatinado reducirlas a la combinación de dos o tres ideas clave. En el extranjero sobre todo, pero no sólo ahí, muchos que nos creían a los españoles aquejados por una acuciante inclinación al canibalismo, teniendo que explicar su error sin contradecirse, dan ahora gracias al cielo y invocan a uno, dos, o tres taumaturgos, según la versión. Otros aseguran que el bienestar, o el escarmiento, o ambos a dos, han inducido seny y buen sentido político en los españoles, dueños de su destino aunque sabedores de que hay terribles amenazas contra la libertad y la democracia, bienquistas de casi todos. Unos y otros coinciden en la gravedad de estos peligros, de cuño militar naturalmente. Y explican la evolución habida por la necesidad imperativa de actuar con pies de plomo en presencia de aquellos vestigios franquistas. La patente atonía de la oposición, y aún la desmovilización democrática palmaria de la derecha moderada, se explicarían sin más por eso de que al que se hace miel moscas se lo comen. Pero, añaden, después de ladeados estos obstáculos, cuando se los haya ladeado, el futuro tendrá visos radicalmente diversos ... Como siempre, hay en todo eso algo de verdad, o de apariencia flagrante. Pero no se ciñe lo bastante a los datos como para darlo por bueno y desentendernos de las inexactitudes.

Creo que de lo de la taumaturgia se puede prescindir sin faltarle a nadie. Sin faltar a la verdad, en todo caso. El peligro militar, él, se lo agigantó fuera de toda proporción, por interesarles a unos hinchar el perro, y

porque otros, que sí temblaron, olvidaron que no siempre es fácil uncir intenciones naturalmente clandestinas a una maquinaria cuyos engranajes las suponen naturalmente compartidas. Del buen sentido político, hay que ver, además de si lo hubo, si se lo pudo utilizar. En suma: hay que ver si, levantadas las hipotecas pre-constitucionales y atinentes, resultará que lo que hizo funcionar el sistema como hasta ahora no le es de hecho consubstancial, en vez de exógeno. Y, si del mérito de ciertos políticos tenemos que hablar, es cosa de preguntarse si el principal de quienes afrontaron a los nostálgicos del franquismo no fue, en vez de su valor, su intelección de que en el fondo estaban éstos poco menos que inermes, como se vio cuando la detención del entonces clandestino secretario general del todavía ilegal PCE fue seguida, sin que pasara nada, de la fulminante destitución del jefe de la fuerza que lo detuvo, que era el más prominente y fuerte de los nostálgicos. A lo que voy, es a plantear la pregunta contraria: la de si, una vez reconocida la flojedad y escasez de la participación democrática en este período, no será que debamos convenir en que los jefes políticos, antes que fomentar ellos la hoquedad y la inercia democráticas con sus métodos, de hecho suplieron con éstos las carencias atribuibles a aquéllas.

Ya se ve que lo pregunto así por sostenerlo. Las alusiones al vacío y a la inercia no son licencia poética, sino relativas a ciertos estímulos y parámetros. Sería absurdo negar la distancia política recorrida. La comparación no es con un desideratum que los lectores no tienen por qué compartir; lo que hay, es un mecanismo político donde se pierden ciertas energías, y se las suple de otro modo. Basta mirar al electorado y a los partidos, en esta época.

El electorado. Durante los largos meses que siguieron a la muerte del general Franco, España fue un país casi unánime aunque tácitamente sumido en una vastísima conspiración para que todo saliera bien. Contestes casi todos sin necesidad de decírselo, en una definición mínima de lo deseable, no bastaron a echarlo todo a rodar ni las violencias con que algunos tradujeron sus añoranzas, ni los graves y entonces frecuentes errores del gobierno, sobre todo en materia de gobernación, para lo que los españoles estaban muy sensibilizados.

El electorado pudo haber votado mal; pero votó bien, relativamente a lo así definido. Los españoles votaron en mayoría abrumadora en favor del referéndum y de la reforma en diciembre de 1976. Luego, en las elecciones de junio del 77, el grueso del país votó por mitades a las ideologías centenarias europeas, con un pequeño voto comunista y otro, algo menor, franquista. Opinión, la había. Siempre la hubo, aún cuando estuvo reducida a opiniones más o menos solapadas. Y lo que se vio en esas elecciones fue lo que era de suponer en un país moderno europeo: división electoral, necesidad de gobernar con coalición parlamentaria cuando no gubernamental, ideologías de lindes lo bastante desdibujadas como para dejar amplio campo de maniobra a los políticos. Entusiasmos, los hubo alguna vez - sobre todo en junio de 1977, cuando la elección a Cortes. Pero eso pasó, y, aunque la indiferencia no haya sido siempre tanta como la que salió a la superficie en las elecciones parciales ulteriores, ha sido mucha, y el desinterés permanece hoy poco menos que tangible. Luego volveremos sobre este aspecto, que importa dilucidar, porque no refleja el solo remansarse del interés por la política; y habremos de ocuparnos de las condiciones en que se puede hablar sin exageración de actores sociales colectivos. Aquí, basta traer a la memoria que este cuerpo electoral ha impuesto poquísimas cortapisas a los jefes políticos. Esa manga ancha no es tanto fruto de una proclividad amable como reflejo de la elasticidad de las actuales ideologías de masas en nuestras sociedades; reflejo también de la indefinición en que han debido mantenerse sectores de intereses que no acaban de encontrarse perfil político adecuado. Habida cuenta de esto, la latitud de que vienen gozando estos políticos recuerda más la del dirigible que la del avión. Y no se negará que tiene algo de aerostática esta política de jefes que ni han podido calcular sus pasos orientándolos a allegar apoyos sectoriales bien estratificados, ni en general han podido (o sabido) aforar los géneros políticos disponibles con un mínimo de precisión; ni siquiera han tenido que temer en momento alguno que sus electores dejasen de merecer esta designación, y todo lo que conlleva, para transformarse en actores políticos acreedores de otro nombre, armados con otras armas.

Los partidos. Ni sobreviven en condiciones de prolongada represión eficaz, ni se los improvisa con la instauración de la libertad. En España, no los había verdaderos al salir del franquismo. El PCE es el único que salió de la clandestinidad con una organización más o menos susceptible de tal

nombre - algo así como un par de decenas de miles de militantes más o menos localizados, contactables. Los demás, PSOE incluido, sin verdadera organización en profundidad, aunque con núcleos salpicados. Se han hecho esfuerzos, de un par de años a esta parte; pero los dos grandes sectores de opinión siguen sin verdaderas organizaciones de partido. Y, por las trazas, los organizadores topan con todo el sinfín de congruas dificultades que aguardan a los reclutadores cuando éstos apelan a sentimientos y impulsos que las propias organizaciones vulneran con una praxis cotidiana orientada toda ella a suplir como sea la falta de militantes ... Con lo de "verdaderos" partidos, sólo se dice esto: que andan todos (salvo el PCE) desprovistos de una red que asegure la osmosis hasta el lugar y el barrio; sin el mecanismo que permite recoger impresiones fidedignas y matizadas, conocer bien mentalidades, pulsar, mover a los propios - para movilizarlos, claro, pero también a veces para otros menesteres como el de hacerles aceptar lo que nadie consiente que se le explique en presencia del adversario -; incapaces de cerciorarse de que lo que se da discriminando va a parar a un beneficiario que así se convierte en cliente político ...; en suma, faltos de lo que hace de un partido moderno un órgano vivo que asume funciones constantes y complejas en el conjunto del organismo político y social, algo distinto de una mera asociación de políticos (todo lo bienintencionados que se quiera). No hace falta para llegar a partido moderno constituir lo que se ha dado en llamar un partido de masas; ni es imprescindible una larga tradición de lealtades. Es sin embargo mínimamente necesario que bastantes personas se conozcan lo bastante, y se crean, en lo político, con motivos para confiar en el correligionario, o siquiera fiarle. Hoy, todavía, estos partidos no tienen partidarios seguros ni para llenar los despachos políticos de los ministerios, y no digamos para constituir los miles de candidaturas realmente suyas que tendrán que presentar en las próximas elecciones municipales. El mentís de los jefes cuando se les dice esto es tan inevitable como poco convincente. Las cifras de inscritos a última hora y las adhesiones de aluvión dicen muy poco. Cuando las inscripciones se hacen tan al compás de los acontecimientos y tan sin relación posible con el convencimiento; cuando son tantas como al parecer son las cuotas impagadas; cuando hasta los propios jefes siguen hablando con tal frecuencia de sus propios partidos y correligionarios con el lenguaje inconfundible de la alteridad - hay escaso lugar a dudas. Sólo el PCE tiene organización nacional; pero la excepción

no altera la regla, porque le falta en cambio ni más ni menos que una fuerte presencia electoral en la mayoría del país, incluídas, sí, muchas zonas donde existe una amplia y arraigada opinión de izquierdas.

Aunque es comprensible el pudor con que los partidos hablan de todo esto, la verdad es que lo sorprendente hubiese sido verlos salir de la represión franquista robustos y bien implantados. ¿Habrá que recordar ya que lo que pudo parecer blandura en la última fase de la dictadura, no fue ni debilitación ni cambio de política fundamental - sólo adecentamiento contraído a cuanto dejaba incólume el monopolio del poder político? Libres todos para lo políticamente inofensivo, ni aún los amigos del régimen anterior tuvieron la posibilidad de poner en pie organizaciones partidistas; sólo entelequias. Dicho esto en descargo de los que perciben como acusación la actual endeblez partidista que nadie puede afearles, es sin embargo necesario apuntar sus consecuencias, en lo que hace a la opinión pública. La primera, en este punto de nuestro análisis, es que, ausentes tales partidos modernos, la opinión pierde uno de sus canales privilegiados de incidencia sobre la política. De hecho, lo que antes describimos acerca de la opinión pública en España en este período no sería así de haber existido partidos verdaderos. Y tendremos que volver sobre esto. Por ahora, constatado el vacío de que hablábamos, y deslindado su significado más elemental, hemos de ocuparnos de lo que entraña para los políticos jefes.

En tales condiciones, el jefe político depende de sus colegas y pares. Mucho, muchísimo; con vital dependencia. Vital, y directa. Y no para gobernar - que para eso tiene a su disposición la administración pública del Estado -, sino de cara a sus propios seguidores, sean éstos electores solamente o además militantes. Los críticos de la democracia representativa suelen decir en otros casos, sin faltar a la verdad, que el político usurpa la representación de los muchos valiéndose de la que efectivamente ostenta de unos pocos; pero lo que aquí tenemos es una situación donde cada jefe depende de los demás jefes, sus adversarios, para que le aporten una fuerza de la que cada cual carece individualmente. En esto es en lo que recuerda tanto esta España a los ya aludidos modelos de la crítica populista - modelos a los que, dicho sea de paso, se aproxima más aún que los propios sistemas vilipendiados por aquellos oradores, porque era en ésos mayor de lo que es hoy en España el arraigo de grupos de intereses políticamente organizados.

Recordémoslo: estos jefes no tienen base fuerte, ni organización electoral propia; no parece haber fuertes núcleos desde cuyas subculturas se considera a este o aquel líder la encarnación de todo lo que se pretende para el jefe propio; no hay feudos firmes; ni mesnadas comprometidas; ni clientes influyentes que creen a cierraojos que el dispensador del patronazgo ha de perdurar; ni burocracias partidistas de las que conllevan algunas de estas cosas. Pero, el que no tiene nada de eso o acopia muy poco ahí donde precisaría de mucho, puede obtener de sus colegas jefes lo necesario para suplir la carencia. No discurrimos aquí sobre responsabilidades, y no voy a decir que estos jefes no pudieron hacer otra cosa; sólo que no hay que sorprenderse de que la emprendieran por el camino seguido, una vez identificado él.

Si se sigue la crónica, se comprende perfectamente lo ocurrido. El Rey, que se encuentra en la cumbre, y con un mundo político así, llama a Adolfo Suárez. No era nadie. No tenía nada. Nadie dirá que al Rey se lo impusieron... A partir de ese momento, trátese de personas o de grupos, de legalizaciones o de propaganda televisada, todo sigue la misma lógica. Nada, ninguna persona, ninguna decisión, aparecen como insoslayables, perentorios. No es un proceso donde cada cosa tenga su lugar, sino que partículas de influencia, animadas cada cual por estímulos leves, van ocupando tenues posiciones, dejando a menudo al observador con la irremediable impresión de que unas y otras (decisiones, personas, cosas) son intercambiables ... Acercada la lupa, no resulta tan paradójico como suena el que los demás jefes pudieran darle al otro la fuerza de que cada cual carecía respecto a sus propios seguidores: en estas cosas, los pocos que casi nada tienen cumulan sin embargo una fuerza incontrastable. Porque se trata precisamente de reconocerse mútuamente la calidad de líder, de otorgarse representatividad y suponérsela longeva, de adjudicar peso a las palabras por decirlas quien las pronuncia, de trocar a la persona en personaje. Ya se sabe que esto es siempre importante en política; en este caso, es insólito el lugar en que se efectúa lo esencial de la operación. ¿Qué fuerza hubiera tenido cada uno de estos políticos, para, desde el ápice de sendas formaciones políticas de cartón, imponerse como interlocutor a sus pares y adversarios en contra de su voluntad? ¿Qué fuerza tendrían para hacerlo, aún hoy? Aquí, y no en otra parta, asoma con toda su importancia primordial lo que para cada jefe significa obtener y preservar de sus colegas y pares adversarios ese simple juicio ascriptivo de liderazgo, y el consiguiente pase para el sanedrín. Veredicto simple, pero escatimado, y generalmente

CVCE www.cvce.eu

administrado por los interesados con perfecta conciencia de lo que se tercia. Sólo los líderes más conocidos de Alianza Popular han dejado de comprender, o rehusan aceptar, esta mecánica - ahí están, acampados extramuros del sistema, con capacidad para ser enfadosos, pero impotentes. En lo que hace a los demás, la historia de los últimos dos años atestigua de las muchas veces que los jefes han sentido esta necesidad - la suya y la ajena -, y de cómo han usado de la ajena en la medida que la propia se lo consentía. Se recordarán las ansiedades socialistas cuando la legalización de los partidos; y las iniciales vacilaciones socialistas, no por meramente aparentes menos preocupantes para Suárez, al recabar éste para UCD la consagración de principal interlocutor a la derecha; y la cooptación del secretario general del PCE al club de los jefes, por parte del jefe de UCD y antes del éxito relativo de las CCOO en las elecciones sindicales; y, hace nada, la amenaza del jefe de UCD de reconocer a la USO una fuerza que no tiene si el jefe socialista no se aviene a la negociación del segundo pacto de la Moncloa; y ... El pretexto siempre muda, pero la substancia indicada permanece. ¿Se negará de veras que, por poco que se pongan de acuerdo, los jefes de partidos y el jefe del Estado pueden con un poco de paciencia expulsar del sanedrín, y además de su jefatura, a cualquiera de los jefes de partido? Y si eso no se puede negar, bien se ve lo específica que es la situación española.

¡Entendido lo anterior, y si se concuerda con ello, en vez de tibios, los protagonistas casi parecen esforzados! Hasta tal punto es obvio que el sistema conlleva la componenda sistemática. Pero, además de frecuentes y obligados, tienen algo de específico estos acomodamientos, y esa especificidad da un corte inconfundible al conjunto del sistema. Un corolario a todas luces posible, y porque posible poco menos que obligado, de la importancia del reconocimiento con que se refuerzan y legitiman mútuamente los jefes políticos, es una forma de negociación que personaliza al máximo la contribución de cada uno al desenlace de cada episodio. La personalización no es inseparable del proceso democrático. Y, de haberla, se podría personalizar más bien la autoría de propuestas y de contrapropuestas, pongamos por caso. Pero esto no ocurre aquí, porque la publicidad que eso acarrearía menguaría la importancia de la propia asamblea de los protagonistas privilegiados. Porque otro corolario más, que se compadece perfectamente con los otros, es que la negociación conviene hacerla a puerta cerrada - o a puerta entreabierta, que así se puede cooptar a periodistas componedores en lo suyo. Epítome de este afán de confidencialidad fue el escándalo armado cuando una revista obtuvo y publicó el borrador cons-

titucional, después de trabajar sobre él durante meses la comisión del Congreso; sin poner un instante en duda que fuera archinatural negociar a escondidas el texto del proyecto y las opciones constitucionales, corearon con protestas airadas los líderes de derechas y de izquierdas, llegándose, de veras a bromas, a hablar de un Watergate español.

Estas especifidades no repercuten solamente en el estilo de la política. También afectan a su calidad. Pero importa comprender que, contra lo que pudiese pensar el que no ha visto nada de lo ocurrido en España en estos últimos tiempos, no son incompatibles con la aportación de soluciones concretas a problemas de gran envergadura. Ni están reñidas aquellas singularidades con la adopción de decisiones de impacto duradero y profundo. Ha habido una reforma fiscal; se han mantenido los salarios reales de los trabajadores empleados; y así. De forma que, a la hora de defender ante sus electores probables las medidas adoptadas, los políticos podrán mostrarles verdaderos beneficios obtenidos y piezas realmente cobradas en el proceso político. Muchos se quejarán; se están quejando desde el primer día. Eso es poco revelador: siempre ocurre, y es necesario para la política. En todo caso, del sistema actual y a este respecto, nadie puede decir a ciencia cierta de qué lado lo escoran sus especificidades. Oriundos de donde venimos políticamente los españoles, y dado el mapa político del país, ni siquiera los que añoran denuedo en los políticos de su bando pueden asegurar que con más arrojo éstos podían haberles traído más, o impedido que se les quitara lo cedido.

La índole de los acomodamientos afecta profundamente a la calidad de la política porque arraiga la inercia en el propio debate público, condicionándolo y a la vez complementando así de modo decisivo los elementos del mecanismo. Aún conscientes de que simplificamos mucho, se puede sugerir que en otras democracias occidentales la moneda de las transacciones políticas entre políticos profesionales suelen ser cuotas estimadas del electorado; además, casi siempre, el jefe político, sin por ello olvidarse de que tiene electores, debe procurar no debilitar su propia posición al frente de su partido. El debate público deriva muchas de sus características de esta doble necesidad. En España, ocurre que, como venimos diciendo, la posición del jefe político en su partido, y por ende como portavoz de ciertos sectores de opinión (por fluctuantes que sean), dependen muchísimo de su protagonismo personal como negociador con los jefes adversarios. Se siguen de esto para él imperativos irrefutables, si tiene ojos para ver y afán de durar - que los tiene. Primero, no le conviene un programa rígido de ésos que, aunque sean realistas, fácilmente se convierten en

bandera que se acomoda de cualquier abanderado. Luego, tampoco le conviene una estrategia madurada; por las mismas razones. Tercero, y por lo tanto, mientras pueda, buscará sistemáticamente la improvisación, que aventaja naturalmente al que se sienta a la mesa donde se improvisan las decisiones. Esto se compagina perfectamente con la personalización y la confidencialidad.

Pero, dirase, ¿por qué destacar este rasgo, de aspecto tan secundario? Además, ¿no han demostrado jefes políticos y sindicales una gran capacidad de adoptar decisiones de largo alcance casi unánimamente alabadas por su "racionalidad" económica y social? Creo que la ligazón entre lo segundo, que es innegable, y la importancia de este rasgo de la improvisación permanente merece que se la escudriñe. Y es que hay una forma muy frecuente de improvisar, con todos los visos de estrategia madurada, de la que no obstante constituye lo opuesto; es la única que permite a veces, sin un andamio represivo visible, improvisar y a la vez resolver problemas políticos y económicos de largo alcance. Consiste en improvisar a partir de una ortodoxia que se postula o asume. Y eso exactamente vemos en el caso que nos ocupa. De ahí esa "racionalidad", verdaderamente tan llamativa, de la política española desde el 76.

Supongo que no es necesario recordar que estas ortodoxias - cualesquiera, económicas, jurídicas, y aún las más puramente "políticas"-no son teorías válidas de lo inevitable, sino, en grado variable pero siempre mucho, sistemas de categorización y descriptivos verdaderamente ideológicos, por cuanto otorgan a ciertas variables una centralidad artificial, cuyo origen estipulativo es raras veces evidente. Centralidad que, además, se atribuye a las variables seleccionadas sin clara referencia a las desechadas. Las "teorías" sirven. Pero en la forma de usarlas va la diferencia que media entre un cuerpo de conocimientos que coartan y un cuerpo de conocimientos que liberan, por añadir opciones. El improvisador usa de la ortodoxia como se supone - en España como dondequiera que se le deja improvisar impunemente. Su Weltanschauung adopta formas diversas, según el caso. Unas veces, es como un rompecabezas cuyas partes parece que tienen que encajar mal a la fuerza - sin que nadie pueda estar seguro de esto, porque no se lo vio nunca del todo compuesto. Otras veces, es mitad catecismo mitad enciclopedia política alfabética - sin que nadie sepa si el orden es dogmático, o sencillamente pedagógico. En otras ocasiones, parece más bien que dictó la conexión escogida, en las ideas expuestas o en las manejadas, un mero criterio eufónico. En todo caso, se trata de un conjunto cuyas cualidades son las de la suma de sus partes. No se imponen al observador el patrón del cortador, ni la intención del que cosió. Si a lo que entra el

improvisador es a discutir de la Constitución, lo hace dispuesto a canjear retazos con los otros improvisadores, siempre y cuando se le respetan ciertos parches por cuyo colorido reconocen su ortodoxia quienes la vigilan de lejos, o distraídos. Si, por buscar otro ejemplo, va a pactar lo socio-económico, hace lo propio, aunque esta vez la ortodoxia está más compartida, en tanto que los intereses aparecen más claramente contrapuestos. A todo esto, el mirón, que aguarda afuera, sólo sabe cuál es la ortodoxia - o cuáles si son varias -, y qué poquísimos intereses son intocables. Por lo demás le es imposible hacerse una idea anticipada de qué partes serán sacrificadas en el troceo de la negociación. Imposible dilucidar las razones de una conducta cuyas prioridades no parecen estables - o que rompe identificables jerarquías de prioridades de una vez para otra. Sin aliciente, por tanto, para movilizarse, para apoyar o impedir algo (aunque estuviera en su mano hacerlo por otros estilos). Desconcertado, casi puede decirse del ciudadano que ni siquiera siguiendo de cerca la política alcanzará a mejorar su composición de lugar. No hay verdadero debate: ni aún de la Constitución, a ningún nivel. ¿Cómo extrañarse de la disminución del interés, de una diada a otra, de una elección para la siguiente; y de la caída vertical de la circulación de la prensa; y del ánimo indiferente?

Es interesante comparar esta forma de improvisar y de usar de las ortodoxias del día en España con lo que ocurre en otras democracias europeas: no por acusar en los españoles lo que se alaba en otros, sino, una vez más, por coadyuvar a deslindar bien modelos harto distintos. En el debate socio-económico, sean una o dos las ortodoxias asumidas, se parte de ellas para elaborar máximos y mínimos negociables; eso crea en seguida toda una jerarquía de prioridades, de dinteles, de logros. El ciudadano que se moleste en fijarse mide la fuerza de los propios por la naturaleza de las concesiones hechas: entiende el proceso a medida que se desarrolla. Rara vez, si conoce su política, le ha de sorprender lo cedido o lo ganado en negociaciones importantes. Cuando se tiene que operar un cambio de rumbo muy importante, los partidos y sindicatos ponen a menudo en marcha mecanismos de movilización de información, investigaciones serias, intensísimas campañas de explicación. Si además hay que abandonar, aún parcialmente, una ortodoxia arraigada, esta labor se intensifica a ultranza. Hay allá, en esto, fenómenos inconfundibles como son la densidad de matices del lenguaje intrapartidista; o la uniformidad con que surjen, se usan y luego desaparecen, ciertas moléculas argumentativas. Y cuando el lenguaje refleja una imprecisión grande, el oyente piensa que el político experimenta serias dificultades o es objeto de graves suspicacias.

CVCE www.cvce.eu

En España, a los tres años de muerto Franco, y salvo islotes absolutamente excepcionales, no hay nada de esto en política, ni a la derecha ni a la izquierda; ni puede asegurarse que se esté remediando. No seré yo quien crea que esto lo llevamos los españoles en la sangre; ni creo que los defectos de la enseñanza española expliquen solos este fenómeno. Si, como durante el franquismo, seguimos en democracia sin encontrar en la argumentación política más seriedad que la que de todos modos se encuentra en quienes porfían personalmente por ser serios, será un poco porque el sistema político no penaliza la argumentación incoherente, ni premia al discurseador concatenado. Y digo esto, porque si luego se tienen en cuenta todas las salvedades que hay que salvar y todos cuantos recursos hay que reunir para tan siquiera retransmitir eficazmente ciertas nociones complejas, se comprenderá fácilmente el efecto neutralizador de tanta disonancia y fantasía - y toda su importancia. Es insoslayable que, así, las ideologías y las ortodoxias se vuelvan inertes, y se deslavace el debate.

Esta descripción del mecanismo del sistema supone muchas inhibiciones y inacciones que la descripción misma hace comprensibles. Pero no debe deducirse de lo anterior que están cegados todos los demás canales de influencia sobre las decisiones de los políticos. En estos últimos dos años, de vez en cuando, han aparecido sobre el escenario grupos de personas que, ostentando ciertas representaciones, han logrado alterar el curso de una negociación, desandar lo andado, matar un proyecto de ley. Y siempre en cosas esenciales para ellos. Han sido la Iglesia, los patronos, los sindicatos, los militares. Salvo la actuación militar, que tiene sus normas consuetudinarias, los demás han actuado como grupos de presión tradicionales, movilizando un sector de opinión considerable o amenazando con hacerlo. Su eficacia no tiene por qué sorprender, puesto que hay un electorado. Dada la dificultad de llegar a ese electorado y de identificar puntos sensibles de presión, esos grupos tienen que movilizarse en peso para ser eficaces, y por lo tanto se reservan para lo que les parece esencial; lo cual no es incompatible con el sistema descrito, ni ha interrumpido el circuito de solidaridades entre los jefes políticos.

II. EL CORTO PLAZO

Dicen muchos que "el consenso" se acaba, porque se vota la Constitución.

Hasta lo dicen líderes que tienen en su mano darle muerte. Pero no basta eso, a estas alturas. El consenso es a la vez una realidad y los modales que la recubren. Viejos o sobrevenidos, los críticos del estilo parecen haberlo condenado a una extinción próxima irremediable. Pero eso no toca por fuerza a lo que subyace: puede seguir incólume, como pasó en tiempos recientes a la vilipendiada détente, sepultada en efigie.

A corto plazo, el mecanismo que describimos puede seguir funcionando si no lo traba la ley, si los actores políticos anteriores persisten en su voluntad de continuarlo, siempre que no surjan nuevos actores con ánimo o efecto perturbadores y con tal que los datos no impongan la discontinuidad. Se podría hacer otra clasificación de las condiciones, igualmente completa. Pero esta es la que me parece prestarse mejor a la presentación consecutiva del argumento, sin restarle transparencia.

El marco legal. Votada la Constitución en las Cortes, y referendada, tendrán las nuevas legislaturas que rellenar huecos intencionados y omisiones desapercibidas de la ley fundamental. Los cambios ya aprobados no perturban el mecanismo actual. Sigue intacta una burocracia napoleónica tan competente como lo que más en el país, relativamente poco maleada por el régimen anterior, y que es el único instrumento de gobierno dada la anemia de los partidos y mientras ella perdure. Los jefes políticos del núcleo superior han dado pruebas de una intuición felina para identificar todo lo que puede alterar, debilitándola, su posición. No hay razón para suponer que eso cambie. Pero el analista no puede desconocer la posibilidad de que un error, o una distracción, echen a rodar el sistema. Sencillo y sin descompensaciones evidentes, éste aparece sin embargo quebradizo en lo que es de suponer: fundado en la complicidad de los jefes, un amago de exclusivismo o de excesiva avaricia de poder puede dar al traste con la confianza indispensable. A la primera grieta realmente susceptible de ensanchamiento por presión colectiva de personas constituidas en masas (de derechas o de izquierdas), salta hecho añicos el mecanismo para dejar el campo a una guerra de posiciones, incruenta claro, entre las grandes formaciones democráticas. La divinidad protectora del sistema imperante es Mètis, la de la inteligencia habilidosa, y que nunca duerme. Una alteración poco pensada de la ley electoral, una regulación descuidada de Televisión Española, un resbalón en el el articulado de la financiación de los partidos o en las incompatibilidades, y todo puede cambiar.

¿La permanencia de la intención y de los hábitos políticos de los protagonistas que ya conocemos? Las ideas, propias o de partidarios a los que no se quiere o puede llevar la contraria, pueden cambiar; la convicción y la conveniencia táctica pueden aconsejar un cambio de método político con efectos dislocadores ...

La posibilidad de una involución dogmática, o doctrinal, surge a menudo en las conversaciones entre españoles. Y cómo no, puesto que, aparte del atractivo que por otras razones puedan llegar a presentar en su momento ciertas ideas para tal o cual jefe o sector, en lo que se piensa es en un pasado más o menos remoto, pero sabido. Preocupan de la derecha la querencia, de la izquierda el atavismo.

De la vuelta de líderes de la derecha gobernante (o del "Centro") al regazo fascista de donde provienen, no parece que hay que preocuparse. A los liberales viejos que se lamentan de que estos flamantes liberales les hayan arrebatado el marchamo, y que temen otra muda, se les puede decir, que, en todo caso, huelga el temor; como sobra el llanto, salvo por la moralidad de la moraleja del cuento. El triunfo de sus ideas ha sido el menos costoso posible: no han tenido que derrocar al enemigo para imponer unas ideas, que éste de pronto ha asumido. A la corta, y si no cambia el sistema, esa conversión es irreversible. La facilidad con que los neófitos han asimilado los rudimentos más visibles de la ideología en cuyo nombre mandan ahora a la derecha y en el centro es ya de por sí una prueba tal de la tibieza con la que creyeron lo de antes (si lo creyeron), que sería injusticia palmaria sospecharles ahora de nicodemismo fascista. Pero, afortunadamente, en el fondo, no se debaten aquí la sinceridad y la convicción. El fascismo nunca fue en España para muchos ni por mucho tiempo una ideología coherente. El derecho que se enseñaba en las facultades de derecho de la época de Franco era liberalismo mal desnaturalizado, mientras que el Estado de derecho franquista era un remedo burdo del liberal. La economía que se enseñaba en las facultades de económicas era o procuraba ser la del día de los países donde progresaba la teoría, en tanto que los últimos años del franquismo quitaron a la política económica oficial casi todo lo que tenía de dogmáticamente anti-liberal. Lo que importa, y, mientras no se altere el entorno, hace irreversible el proceso iniciado, es que el liberalismo callejero, a estas alturas de la historia del continente, con las instituciones que hay, se ha convertido en algo indispensable, aquí, para estos jefes. Es la única forma

de categorizar la realidad sin tener que dar explicaciones (imposibles) de todo lo que se hace; la única forma de constituir cadenas instantáneamente significativas de actos de gobierno; la única de manifestar brevemente intenciones complejas en política general o de dar ambigüedad a lo que se quiere dejar indefinido sin por lo mismo suscitar la sensación de duda o vacío amenazadores - en una palabra, el liberalismo es la única ideología de que puede echar mano para gobernar o oponerse, un jefe político que opera en democracia liberal europea y que no es marxista. No se trata pues tanto de un cambio de convicciones como del recurso a otros sintagmas; y así a otra temática; y por ende a otras concatenaciones. No hay en estas cosas error que se preste más a confusión que el de suponer las ideologías que forman el substrato de todo lo implícito en el discurso político colocadas a lo largo de un continuum. Al revés, son discretas, precluyentes; al revés de lo que acontece con el abanico de las actitudes y opiniones. Las ideologías, con su carácter discreto y sus perfiles marcados, mediatizan y condicionan, no sólo a los jefes sino también a electores y partidarios, así como todas las relaciones entre todos ellos, substancia de la vida política.

El problema del extremismo en jefes del partido socialista es el del marxismo revolucionario y el de si la convicción puesta a éste puede desviarle del curso hasta hoy seguido. El problema se plantea de modo distinto a como lo vimos a la derecha. Aquí, el marxismo es la ideología difusa de fondo. Un marxismo de andar por casa, tan idóneo para comunicar estos políticos con sus electores y partidarios como adecuado es el liberalismo callejero para cumplir el mismo menester para los políticos de derecha no autoritaria. Pero, como lenguaje, este marxismo - y de eso se quejan sus celadores - lo mismo sirve para la reforma que para instigar a la revolución. Como lenguaje y como sistema conceptual, no compele a conclusiones revolucionarias, ni obliga siquiera al reformista a fervores revolucionarios mentidos. Y no digo que las diversas "lecturas" del marxismo no se excluyan mútuamente. Sólo que el hecho mismo de que el mismo lenguaje se preste igualmente, sin necesidad de traducción, a la acción reformadora modesta y a la acción revolucionaria, pone al pronosticador en la necesidad de mirar con microscopio a las convicciones y a las voluntades de los jefes. Y a su carácter. ¿Reformistas por táctica?: si ellos mismos recuerdan siempre que a Franco no lo mataron los demócratas, sino la edad y la enfermedad ... Pero tan probable es que el reformismo del revolucionario sea fingido, como que el finjimiento del que se finge reformista a la fuerza sea lo mentido. Véase el detalle de cómo exactamente han llegado, y cuándo, los que están ahí donde importa. No digo que sea lo del clásico "si amaestrase el

buho al águila ...". Sí que, por la forma en que se han decantado los liderazgos aquí, no rigen los intransigentes, ni los fanáticos, ni aún los que, sin ser lo uno a lo otro, se sienten impelidos, por esteticismo lógico o por moralismo puntilloso, o por lo que sea, a una coherencia sin falla. Aún entre los resistentes han prevalecido los acomodaticios; las salvedades no alteran la tónica. Esto no es negar que algunos fingirían doctrinarismos extremistas si les conviniera - pero eso es otra cosa, de que nos ocupamos en otro lugar.

Se reputa mucho más probable la posibilidad de una involución dogmática de la jefatura comunista; si no es que se limita a arrojar lo que no pasó de ser máscara reformista. ... Otra vez, hemos de buscar allende las ideas, en el historial. Inconstantes las creencias, hay sin embargo rasgos estables que nos permiten juzgar de la probabilidad de un ardor dogmático remozado en el o los jefes del PCE con acceso a los engranajes vitales para el sistema y para su continuación. No hay mucho lugar a dudas: los avatares de la biografía de los cuadros superiores del partido en los últimos años han excluído absolutamente a cuantos han manifestado algo de eso que en los viejos tiempos se llamaba la consecuencia. Es también mucho lo que, en el PCE, ha habido que cambiar de ideas para no mudar de bandería.

Si del ímpetu - como vemos contrastable - de las ideas, pasamos al acicate de la ambición, o al de la vanidad, también aquí podemos suponer el sistema inmune a corto plazo. La posibilidad de una aventura demagógica capitaneada por alguno de los jefes de segunda o marginados se ha invocado a menudo, aunque menos de un tiempo a esta parte. Y equivocadamente en mi sentir, porque se le suelen suponer en esto al demagogo eficaz menos dotes de las que suele necesitar, y a las masas más credulidad de la que tienen. No puede cualquiera reunir todo el capital de confianzas sin las cuales el demagogo no puede ni aún empezar su carrera ascendente. Ni entre los desconocidos, porque se les desconoce, ni entre los conocidos, porque se les conoce, hay candidato idóneo. Y aunque lo hubiere: ¿qué cosas puede ofrecer el demagogo en España hoy que no pueden dar otros antes y mejor - y que se las dejen dar?

En cuanto a los propios jefes del círculo superior, los de los dos grandes partidos, ellos sí pueden romper el sistema con alguna campaña de opinión.

Pero eso acarrearía automáticamente la aparición de nuevos actores colectivos sobre el escenario. Y antes de pensar en esa eventualidad, acaso no esté de más hablar de la reciente formalización de la patente de actores políticos en favor de las dos grandes centrales sindicales.

Podíamos haberlas mencionado antes, como hicimos con sus jefes ... Pero no ha sido un olvido: hecha la parte de lo puramente formal en una argumentación como la aquí presentada, creí útil mostrar cómo se puede describir coherentemente la mecánica del sistema sin acudir a ellas. Las Comisiones Obreras se convirtieron durante el franquismo en un personaje mitológico. Expresión viva de la impotencia política de la oposición y de la ghettificación fabril de la militancia política obrera, se les atribuyeron un impacto y una transcendencia políticos de que carecían en absoluto. El consabido error de los observadores que confunden temple militante y revolucionarismo, o agresividad sindicalista y empuje político, y la destreza del PCE para la propaganda, originaron una imagen errónea de las CCOO. La distorsión se ha perpetuado, aunque según otros patrones, desde la salida de la clandestinidad. Y no es sólo que cada buhonero alabe sus agujas, sino que se habla de CCOO y de UGT como de grandes, potentes sindicatos modernos, con todo lo que eso significa. Pero de hecho no hay tal, mientras no se demuestre lo contrario. Siempre se aduce que las muchas horas holgadas, los salarios reales mantenidos o aumentados, prueban la fuerza de los sindicatos. Pero, lo que prueban es la fuerza de la militancia obrera en la fábrica, que no es lo mismo. Y menos en un contexto donde inciden, sumadas a la militancia, una gran inexperiencia patronal, sensación aguda de desamparo empresarial, una legislación laboral muy amortiguadora de la capacidad de despido, y unas autoridades a veces paternalistas. Pasa en esto con CCOO, y no digamos con UGT, lo que antes indicábamos con los partidos. Con una diferencia a la hora de comparar España con los otros países europeos - y es que los hay, y muy importantes y muy cercanos de España, donde tampoco la implantación sindical es tanta como se cree o dice. El número de afiliados es lo de menos, cuando son muchos. Lo que importa, es ver lo que se hace con la afiliación, de dónde salen qué estímulos, quién racionaliza qué iniciativas y resultados. También aquí hay excepciones, áreas de implantación densa y profunda. Pero ya la fuerte limitación territorial constituye un dato importante. Y si se mira muy de cerca a lo que es visible del juego político, las organizaciones sindicales aparecen como personajes con papeles siempre muy claramente delimitados, en una crónica decidida por otros. En lo que está protegido el obrero fuera

de la fábrica, lo está por el espíritu de los tiempos, y porque es elector. En lo que se halla desamparado, no le ayuda el sindicato sustancialmente. Muchos dicen que por traición de los jefes sindicales: ¡pero si les falta la fuerza! Acaso haya mejores caminos para obtenerla, y aún eso no es seguro, dada la tesitura de los políticos. Los jefes sindicales, hoy por hoy y en un futuro previsible, tienen que eligir entre mentir (que no es traición) y perder pero parecer protagonistas, o perder sin ser protagonistas. Elijen lo primero. Pero obsérvese que ese protagonismo no influye en el sistema igual que el de los jefes de partidos. La ascripción de liderazgo, según dijimos, otorga a éstos una fuerza real; a los jefes sindicales en el mejor de los casos, da una posición. Así, desde el primer pacto de la Moncloa, de septiembre 1977, hasta hoy, las cosas han cambiado menos de lo que parece. Ausentes en 1977 de la negociación, pero anuentes de mejor o peor gana, las centrales sindicales han pasado ahora al centro del escenario, pero UGT para que los socialistas puedan no pactar - o no pactar en seguida - y CCOO para que los comunistas puedan pactar ... Y así, como personajes colectivos reales, las centrales prácticamente no existen, aunque sí aparezcan en el texto, y aún en el escenario - pero en este caso nada más que de comparsas. No las sacará de tal función una crisis económica que incrementa su dependencia respecto a los partidos o a los jefes de partido.

Cuando se habla de actores colectivos, y no por prurito metafórico, se está diciendo que una serie de acciones individuales logran un efecto cumulativo muy diverso de la simple yuxtaposición estadística, y resultante de una complementariedad más o menos buscada o consciente de las acciones. Es muy importante en estos casos separar bien lo subjetivo de lo objetivo, porque hay un efecto real de sujeto colectivo que suele pasarse por alto al calificar (justamente) de arbitrarias muchas asignaciones de significados que acompañan a ideologías y estrategias. Dígase, si no, si es totalmente horra de contenido una expresión como la de "ofendese la clase obrera", o la que alude a "vulnerar el Ejército" ... Aquí, aunque los políticos persistan en querer lo que hasta ahora, no hay que descartar la posible irrupción de un novel actor colectivo.

Las ideologías políticas desempeñan, como ya recordamos, un papel importante en coadyuvar a la atribución de sentido a actos y decires ajenos. Permiten así, no sólo entender sino también crear una dinámica. Pero también dijimos de las ideologías predominantes actuales en España que su latitud es tanta que los que conocen la ideología no pueden con sólo eso interpretar automáticamente la pléyade de acciones de quienes comparten la ideología, y

se atienen a ella. Sabida la ideología, no por ello se colige el rumbo. Dicho de otra manera, y pasando de la interpretación de actos informados por tales ideologías á lo que puede vincularlos una vez actuados, llegamos a la conclusión natural de que no es lo bastante monolítica la ideología, no lo bastante unívoca, como para posibilitar de por sí una agregación configuradora de verdaderos actos colectivos. Para causar tal efecto, haría falta introducir en la vida política elementos adicionales catalizadores de complementariedades. Solución tradicional es el diseño de una estrategia, que, casi por definición, es lo que permite atribuir de antemano su sentido a una acción individual sita en un conjunto acumulativo. Pero eso requiere organizaciones, que no se improvisan, ni existen.

Hay una forma atenuada, pero muy real, de introducir estos elementos configuradores; y es la difusión y asimilación de una o varias narrativas acerca del devenir nacional coetáneo. Ya los años últimos del franquismo fueron un período donde a la interpretación tradicional y oficial de la historia vivida sucedió otra totalmente distinta, que contribuyó mucho a preparar los espíritus conservadores a la apertura y la transición. Huelga decir que el grado de veracidad de una y otra interpretaciones carece de relevancia al respecto. Pero toda cautela es poca al pronosticar: la anterior transformación no la había previsto nadie - y fue radical. A tanto puede llegar la mudanza en la lectura de episodios contemporáneos que no podemos descartar las más inesperadas mutaciones de la memoria colectiva, incluido el pánico retroactivo, aún después de la victoria propia, política, y hasta militar. Aquí, el analista de lo de España tan sólo puede dirigir la búsqueda hacia gérmenes de interpretaciones esotéricas, acechar los primeros síntomas del complejo de Damocles en los sectores susceptibles de tener un sentido de la crisis exacerbado, preguntarse por qué se empieza a sacrificar la lógica aquí, se reconoce por fin la existencia de ese dato allá ... Por ahora, no veo nada especialmente turbador - aunque se convendrá en que ni la enseñanza de la historia, ni la estructura de la experiencia, ni la forma en que los medios de comunicación suelen despachar las explicaciones de lo que hay, son como para tranquilizarnos acerca de la ecuanimidad que cabe esperar.

Lo que parece seguro, es que no han de originar los jefes políticos estímulos amalgamadores de esta clase. Ya vimos cómo han venido eludiendo el ajuste de las ideologías, la formulación de programas y de pautas. De todos los posibles entorpecimientos del mecanismo, el más fácil de originar, porque

el más insidioso, era este de la introducción de una narrativa bien hilada del presente. Y es realmente notable ver cómo una combinación incierta de no se sabe qué dosis de miedo tolerante, inteligencia política, pragmatismo cínico, ignorancia histórica y gramática parda, han salido al paso de esta tentación elemental de narrar. Han sentido hasta qué punto la oficialización de una o más narraciones cualesquiera acerca del devenir coetáneo podía consolidar puntos de vista, agrupar personas por otros conceptos desagregadas, y reducir así la libertad del sanedrín de políticos. Ni por un instante se han parado a marcar hitos, ni aún a marcar puntos - y eso que los tenían. No se ha dado nombre a aquello de dónde se venía, ni se ha apellidado fijamente el puerto de destino. A los dos años de muerto Franco, decía verdad un ministro que aseguraba que el cambio rotundo experimentado había tenido lugar sin que jamás el país pudiese decir en qué momento o momentos hubo mudanza: testimonio elocuente, si los hay, de lo que se viene argumentando - y más aún si se recuerda que lo decía, aquél, envanecido y ante gran público. Pero no hay nada que refleje mejor la voluntad y el ahinco de los que han venido mandando por restar significado a los acontecimientos, su porfía por des-solidarizar percepciones y datos, que la consigna de Suárez de que había que "desdramatizar" la vida política española. Dicha no una sino varias veces; recogida, encomiada.

Cuando se habla de estas cosas, no se habla para nada de entusiasmos o de identificaciones - compréndase bien. Se trata de que, a falta de otros marcos de referencia impartidores de significado, el ciudadano encuentra en una o varias narraciones públicas claras lo que necesita conocer, sí saber, para constituirse él si lo desea en participante activo del devenir político, y no solo en tierra para que se la surque, o se la holle. La distribución de la información recibida respecto a sujetos históricos, secuencias completas y funciones narrativas delimitadas, permiten participar porque facultan a la persona para localizarse en el proceso; le permiten añadir, cerrar, completar detener o obstaculizar ... formas, cristalizaciones que reflejan la conciencia de intelecciones, voluntades y acciones, coincidentes o complementarias. ¿No es un poco suya la frase en que la persona sólo contribuyó con una palabra? ¿No lo es aún el libro en el que pudo cambiar un sintagma pero no lo hizo? Serán subjetivas y arbitrarias las atribuciones de significado subyacentes, pero sin ellas no toma cuerpo esa objetivísima complementariedad. Cegadas las fuentes que pueden organizar la divulgación eficaz de una o varias narraciones y darles carta de naturaleza, basta un mínimo de cuidado para evitar que una lógica subyacente demasiado obvia y sencilla suscite una lectura unánime de los

hechos. Los jefes socialistas, los comunistas, con sus ambigüedades, sus discontinuidades temáticas, su constante desdecirse, han manifestado idénticas comprensión y preocupación que los jefes ucedistas ante los inconvenientes de una narración clara. Para qué iban a cambiar de motu propio, si todo parece indicar que, en este mecanismo, la nitidez del deslinde, la opción zanjada, antes enajenan que imantan, y restan apoyos primero que allegarlos?

Supongo que, aunque lo que va de texto haya pasado sin más que objeciones menores, en este punto se interpondrá una, que es de peso: ¿y la posibilidad, a la corta, de que coincidentes inquietudes, harturas, desengaños, y esperanzas, determinen acciones cuya suma, con la fuerza de la unión, desencajará el mecanismo, o arrollará lo que se cruce por delante? No sería la primera vez en la historia que ocurriera cosa semejante, aún en un país sin partidos ni programas, ni estrategias, en condiciones de incomunicación o pésima comunicación institucionales, sin ideología prieta ni versión activamente generalizada del devenir coetáneo. Basta que bastantes personas vivan en situaciones suficientemente similares como para que las perciban de modo parecido, lleguen a pensar, sentir y hacer lo mismo ... La crisis, por ejemplo, de la que tanto se habla; el paro; la calidad de la vida; el propio desencanto político ... parecen otros tantos unificadores potenciales de puntos de vista, y pues disparadores de acción, para amplios sectores del país.

Desde mayo de 1968 nadie predice ya sin abundantes cláusulas dubitativas que no puede haber en países industriales una explosión política absolutamente al margen de los organismos de partido. Además, faltando en España organizaciones de partidos que ausculten la opinión con sensibilidad y constancia, no va el observador individual a suponerse tan bien informado que así vendría a contradecir implícitamente su opinión de que no se suple fácilmente la ignorancia en que pone la falta de partidos. Pero, digamos que parece muy improbable lo que temen los agoreros. Y se verá por qué.

Frente a un mundo imaginario de estímulos y situaciones uniformes percibidos como uniformes, tenemos una realidad que se presenta polimorfa a los individuos. Estímulos brutales, uniformizadores de preocupaciones y de prioridades si no de las acciones - como lo serían el hambre, la invasión enemiga, y otras plagas -, no hay que suponérselos a esta España, a la corta.

Fuera de esto, parece abrumadora la cantidad y fuerza de lo que fragmenta y diversifica, frente a lo que homogeneiza. En la industria y en los servicios, la idiosincracia de las especializaciones, la segmentación de los intereses, la fragmentación de las unidades en otras menores diversas, la subcontratación; en toda la economía, la división entre trabajadores independientes y subordinados, y entre empleados y parados, los mercados del trabajo paralelos - todo en el mundo del trabajo parece haber conspirado a parar la tendencia de hace unos años, cuando (si eso no fue espejismo de los sociólogos) se iba a través de la gran fábrica taylorizada a la homogeneización de experiencias, siquiera en la clase obrera. Hasta diríase que, a este respecto, se desanda lo andado. Pero hay más influencias convergentes con éstas. Está la desfamiliarización de tópicos y temáticas tradicionales en el discurso político. Con o sin rechazo de las conclusiones tradicionales. En esto, no importa saber si los cruzados y celadores de los diversos cultos son aceptados o viven marginados. Cualquiera que sea la credibilidad de los divulgadores como redentores o ingenieros sociales, según pretendan, el caso es que el feminismo, la escuela anti-autoritaria, el ecologismo, las revoluciones mejor o peor llamadas moral o sexual, y más, han injertado todos, con sus argumentaciones entreveradas, una multiplicación de los énfasis y una pletora de puntos de vista totalmente insospechados hace años. Como se supondrá, no impide eso ideologías o estrategias ceñidas, pero sí obsta a que supongamos que hallaremos enfoques coincidentes por la sola virtud de la repetición de ciertos estímulos, cribados por el sociólogo. Añádase al conjunto la incidencia de los localismos, en todas sus proteicas manifestaciones. En la medida en que concentran de veras su atención en los hechos diferenciales, favorecen a lo que segrega. En la medida en que, sencillamente, dan por buenos sus parámetros regionales o municipales, introducen rigideces que pueden ser fatales para la lógica, para la verdad, o para la mera inteligibilidad de lo actuado - cuando los instrumentos y recursos, como es tan frecuente, no se prestan a un manejo eficaz a partir de esas categorías. Y todo eso es romper la homogeneidad del análisis y la ilación. En la medida en que los conceptos por los que se definen los localistas son simples señuelos electorales, es decir, aunque no piensen realmente a partir de ellos, ni hagan pivotar sobre ellos sus argumentos, tienen de todas formas el impacto mínimo de desincentivar la búsqueda de solidaridades fundadas en lo que es analógico por todo el territorio español.

Así mirado el panorama, es decir desde el inventario anatómico de conceptos colectivamente disponibles, y habida cuenta de la aparente fisiología de la digestión de la experiencia política actual, sólo en el campo se ven áreas y sectores donde una economía y una sociología subyacentes muy similares para miles y miles de personas pueden llevarlas, espontáneamente o poco menos, a idénticas acciones cumulativas. Y aún así, no es más que una hipótesis remota. Pero, la vida del trabajador agrícola, como la del labrador y la de otras categorías, aparecen a menudo muy firmemente estructuradas en torno de sendos ejes económicos, claramente deslindados a la vez que compartidos. La relativa facilidad con que parece prenden los estímulos de algunas organizaciones agrarias, sobre todo entre los agricultores, atestigua de esta polarización, y de la escasa rentabilidad de otros intentos orientados a cautivar, ahí, la atención política de otras vertientes de la persona. Acaso aquí convendría hablar ya de nuevos actores sociales-políticos, en torno de las transformadas C.N.A.C. y C.N.J.A. Pero no sé si no es prematuro.

Llegados a este punto, nueva y muy legítima objeción: la de que hay intereses comunes a muchas personas, no porque sean iguales las situaciones sino porque son complementarios los intereses - fácilmente identificables, para el observador como para los interesados -. Cosa de tiempo; y poco ... Pero, veamos. Aunque pueda sobrar la recomendación, me atrevo a recordar que no hay que caer en la trampa de tratar los intereses como algo que el investigador puede llegar a conocer sin averiguar lo que piensan los interesados. Fuera de esto que piensan ellos, lo que se descubren son más bien, comúnmente, los desiderata del analista, que, si éste va doblado de político, pueden ser además síntomas o ínfulas de centinela o de vanguardia de otros. Al interrogarnos acerca de intereses tenidos por comunes en una sociedad, nunca nos preguntamos bastante por qué, cómo, de entre las infinitas cosas y los innumerables intereses identificables como tales, resulta que unos, ésos (los que sean, pero ésos), son los alegados, reclamados, o blandidos. Al comparar sociedades y situaciones, tenemos que cuidar de no suponer apresuradamente que las formulaciones existentes de intereses y prioridades son equivalentes de un lado para otro: porque, si tal hacemos, partimos ya de la base de que las diferencias no importan - ¡y no hay peor método para descubrir la posible importancia de las diferencias! Cuando hablamos de situaciones que, por ser iguales o por haber sido identificadas complementariedades, generan la formulación o la mera intuición de nuevos intereses comunes, hacemos referencia a un proceso complejísimo. Donde condiciones, intereses, afanes, son objeto de infinitos descartes, revisiones,

deslindes, rechazos, confirmaciones, por los que se acaba por construir, o según suele decirse, "descubriendo" (o redescubriendo) lo significativo común. Por eso, no se debe hablar del acervo de conceptos políticos disponibles como lo hice antes, como si fuera algo relativamente estable en vez de cambiadizo, viscoso en vez de fluido. No se debe - a menos de atribuirle al tejido social de este país de que hablamos, y ahora, escasísima vitalidad para suplir, compensar, acoplar, los inconvenientes de las categorizaciones burdas, o sencillamente desajustadas, que configuran nuestra panoplia conceptual pública. Y creo que así es. Y si lo entendemos, se me ocurre que conoceremos de paso mejor lo que es idiosincrático de lo político español actual, y lo probable para el futuro próximo.

Dijimos antes, y es importante, que muchos problemas planteados, y muchos que son cruciales para quienes los viven y para una sociedad que reproduce su propio modelo, reciben solución en el sistema. Dijimos también que planteamientos y soluciones se formulaban conforme a ortodoxias; con los libros de texto en economía. Nadie negará que las prendas de confección intelectual son prendas reales: tapan, abrigan, pero no por eso hemos de imaginar que sus destinatarios forzosos están cortados por esa horma. Ni siquiera en su mayoría. Para las víctimas designadas, pero también en el sentir de los supuestos disfrutadores de estas soluciones, conservan a menudo todas las aristas del diseño tecnocrático, realizado sin consulta previa y aplicado sin la simultánea, ni revisión ulterior. Así que, sin negar que las soluciones correspondan a las preguntas hechas, y tengan valor adaptivo para el mecanismo, cabe extrañarse de la inercie en la formulación colectiva de propuestas, contrapropuestas y soluciones. Aunque no haya partidos, ni estrategias, ni ideologías para remediarlo, y aunque faltan en esta sociedad las homogeneidades antes referidas, ¿por qué no iban a brotar del cuerpo social las adaptaciones y hasta los inventos susceptibles de cambiar los planteamientos con que se confronta a los políticos y al sistema? Si bien suelen inventar "ellos", España no es un país sin inventiva de la aquí aludida: bastaría desparpajo político. Con que sólo fuera una parte de la listeza que aflora en otras cosas ... Sin necesidad de hacer grandes campañas de opinión bastarían modas sutiles, simples cambios de la moralidad o del gusto retórico, poco lo que sea ... Pero, si tampoco lo creo probable, es porque para que emergiesen puntos de vista moldeados por los problemas del momento, con la impronta de lo que sienten las personas con su sensibilidad del momento, con propuestas de soluciones a medida - para todo eso y todo lo demás en proponer, concebir, rectificar, colectivamente, falta en

esta España algo esencial. España es en esto un país único en Europa occidental. Convergen aquí secuelas de la política de la dictadura y aspectos de la evolución socioeconómica reciente. La guerra civil y la dictadura franquista produjeron una verdadera hecatombe de instituciones intermedias y mediadoras. La represión ahuyentó, introdujo suspicacias invencibles. Suprimidos los clubs políticos, se suprimieron también todo lo que no eran organizaciones falangistas. Los centros de lectura y recreativos, los orfeones, los coros, hasta los boy-scouts. Salimos de la España donde era delito reunirse. Y esto, aconteció además en un mundo de movimientos demográficos y migratorios de la mayor violencia, con desarraigo de comunidades, destrucción de la vida de barrio, una urbanización caótica. Ni partidos ni organizaciones cívicas para recoger, recibir, aunar desarraigados. Y todo eso, por si fuera poco, hipertrofiado por la propia movilidad social de los últimos decenios del franquismo. Pese a la imagen manida, el español no conoce a su vecino. Faltan la costumbre de discutir para generar puntos de vista, la conversación que destila (por buscarla) la respuesta conjunta a problemas, la reunión abierta en que se secretan soluciones. Aún en grupos profesionales y universitarios, donde eso suena casi como consubstancial a la actividad por que se definen, falta esto en España. Es fácil colgarles el mochuelo a la biología o a variables remotas. En vez, lo creo síntoma, que no causa, de la ausencia de instituciones intermedias. En todo caso, así, no cabe esperar que la capilaridad del cuerpo social establezca la circulación lateral para suplir la esclerosis de los conductos políticos.

Es extraña esta democracia. Esta discusión del futuro inmediato probable nos lleva - podíamos haber llegado por otro camino - a entender mejor la singularidad del modelo. Así, viendo lo español y cotejándolo con los otros países occidentales de nuestras culturas, comprendemos cómo es posible, y qué forma exacta tiene, una democracia donde es tan poca la participación de las personas en las cosas políticas, y donde sin embargo eso no acaece porque falte la libertad. Estamos tan acostumbrados, repito, a considerar la libertad como único requisito para la democracia participadora ...

En la falta de personajes políticos colectivos, difiere España de las democracias liberales europeas. Las ideologías son en España, esencialmente, las mismas que en éstas. Como en éstas, también, ya lo vimos, son ideologías que ahora no se traducen sin más en programas y que no se prestan siquiera tampoco a una lectura sin ambigüedad de los actos de los políticos - aún los más

doctrinarios y convencidos. Pero en el resto de la Europa democrática y liberal, la aproximación a la política en términos de personajes colectivos enfrentados relativamente duraderos, y estables, ordena los datos sobre acciones, imparte significado a omisiones, y permite aprehender lo que se percibe como resultado de empeños realizados, o frustrados, o congelados por los empates de la política. Creo haber dicho bastante al respecto en lo que precede como para que se comprenda hasta dónde supongo reales estos personajes colectivos, y dónde se transforman ya en mera prosopopeya que, so capa de personificar, reifica a las personas. Los personajes colectivos - imponiendo la coherencia mínima sin la que ni estrategas, ni políticos, ni comentadores ni nadie podría mentarlos como sujetos historicos sin caer en la impropiedad más pueril - obligan a que se planteen las alternativas global o, siquiera, ámpliamente. No importa el hecho que estos personajes dejen de suscitar entusiasmo, que no den pie en absoluto a identificaciones automáticas, y redunden a menudo en un juego cacofónico donde las partes se niegan en absoluto a desempeñar el papel que el otro le adjudica. No tiene nada que ver. La centralización de muchos Estados europeos occidentales propicia esta clase de aprehensión globalizadora de problemas y soluciones, por la magnitud de las implicaciones de asumir su gobierno; pero esto no es lo fundamental, por cuanto aún donde la descentralización es mayor los partidos pueden narrar, y a veces narran, una historia que les atribuye la centralidad en todo lo político: a ellos o a otros personajes colectivos con los que el partido tiene que mediar. Pese a la importancia de lo fingido, y por muy falsos que sean los análisis oficiales de los partidos en Europa occidental, es tanto lo actuado en nombre de y a partir de estos actores sociales colectivos, que hasta para el analista es imposible prescindir de ellos para la intelección del proceso político. En esto, España es el país europeo que más recuerda los Estados Unidos, donde tampoco hay grandes actores colectivos en el sentido indicado.

El contrapunto de los Estados Unidos es muy útil para centrar la imagen del sistema español actual (y, se aduce, el que seguirá prevaleciendo durante siquiera un tiempo). La división de poderes, y de centros de poder divididos, ha creado en Estados Unidos una tal atomización de instrumentos políticos, y al mismo tiempo una reducción tal del ámbito de sendos impactos, que los planteamientos globales carecen ahí de sentido: no ya por la casi seguridad de que habrá que transigir (que ésa ya se tiene en Europa occidental), sino porque hasta la pretensión de una opinión global formulada por o en nombre de los personajes colectivos posibles resultaría grotesca. Tanta es su transitoriedad; tantas las alternativas. El individuo, en Estados Unidos,

encuentra muy a menudo la solución política a sus planteamientos en la pertenencia ocasional a grupos efímeros, o en la agregación momentánea de esfuerzos de naturalezas y metas últimas irreconciliables, en coaliciones por otros estilos disparatadas. No se diga que eso no son soluciones: lo son como otras que tenemos vistas, es decir son respuestas a problemas que la gente libremente se planteó como lo hizo en vez de hacerlo de otro modo, pero de forma - eso sí - que las preguntas escogidas son de las que tienen solución. El europeo dice a menudo al norteamericano impotente en la política de su país - lo que ocurre es que los actores colectivos dentro de los que inserta su acción son efímeros, y sus metas limitadas. Un actor delicuescente nace de la conjunción de los que quieren la meta posible específica. No claman allí los actores colectivos por metas que tan sólo justifiquen su propia existencia como sujetos históricos perennes. Ese disolverse y reformarse constantes de los actores políticos, no lo vemos en España (por ahora). La verdad, sería raro, dado el carácter de las instituciones políticas, que más bien sugieren papeles para actores colectivos permanentes - aunque luego no asomen, por otros motivos como los ya aludidos. El español, hoy, puede ver en la política una carrera si la afana - y no se dice que no se la pueda afanar para el bien ajeno. Pero no es algo en lo que puede participar normal y activamente para presionar útilmente sobre el poder de alguna de las formas múltiples que conocemos. Esta democracia, para él, no consiste en formular, sugerir, amoldar, negociar, etcétera y etcétera; es una democracia que podríamos decir refrenderia, en el sentido más restringido, donde las preguntas emanan de otros, pocos, sabidos. Si hubiera que acuñar expresión idónea, se impondría la designación del sistema como de Nuda Democracia.

Muchos que antes decían que eso de la democracia era algo superfluo, o simple cúmulo secundario de epidérmicas libertades formales (pero también, a qué negarlo, otros, que temen que los españoles se vuelvan antidemocráticos si se dicen que "no era esto" y se aventan las peculiaridades de esta democracia) aseguran que lo de hoy es democracia corriente y moliente. Que la democracia es así. Pero no. Los españoles saben demasiado de dónde vienen como para idealizar lo que se fue a la vista de los defectos de lo que vino. Aquí, hoy, el individuo permanece individuo, y está casi inerme ante la política. No hay tanto altruismo político desmovilizado en ningún país europeo occidental. No tan pocas ilusiones después de tan poco tiempo de estrenada una democracia disfrutada con evangélica templanza desde el primer día. Y no deja de tener su interés el que, a pesar de la facilidad con que suelen encontrarse en nuestra época justificaciones colectivas sosegadoras de desazones compartidas, en el ya mediano tiempo que lleva España de nuda democracia todavía no se ha encontrado

cómo describir de modo a la vez congruo y aceptable lo que aquí se puede y debe ser y se es en política, si se quiere ejercer el oficio de ciudadano, o como se lo llame. No hay país europeo occidental donde sea mayor la disparidad entre lo que el ciudadano es y lo que (parece que) cree ser. Ninguno donde sienta él mismo la disparidad con tanta fuerza, y a la vez tan sin remedio lúcido. ¿No es sintómatico que el propio observador se encuentre, a la hora de describir el mecanismo y sus resortes, con que no puede denotar con veraz precisión sin a la vez, y muy a pesar suyo, parecer a menudo como deseoso de connotar despectivamente?

No se ve por qué un sistema así no puede reproducirse a la corta. Como sabemos, las soluciones económicas de libro de texto son de las que autorizan y hasta fomentan la reproducción del sistema. Y el acuerdo entre los políticos, cuando actúan con trasfondo como éste, tiene carácter constitutivo, performativo. Cuando se actúa, en política como en todo lo que entraña acción, el problema se puede descomponer útilmente en si el juego de las variables identificadas puede conducir a la resultante perseguida, y si por otra parte se puede evitar que intervengan otras variables. En lo que hace a lo primero, hay que repetir aquí lo que se indicó antes ya: la "ciencia", política o económica, aporta - si no lo es sin más - un recetario eficaz para que funcione el artefacto así compuesto. Nadie puede pretender que los conocimientos así usados rinden, en opciones, todo lo que podría esperar un mero realista. Forman un elenco de variables políticas y económicas que más bien recuerda los libros penadores de otros tiempos que un debate moderno acerca de la transformación óptima de lo existente. Llegamos así a la política convertida en arte de lo necesario. Ahora bien; miradas las variables, atendidos los argumentos, y estudiada la realidad externa a éstos, no aparecen incompatibilidades graves a la corta. No serán tantos ni tan fuertes los que consideren insoportables las funciones que les atribuye el texto, como para que irrumpan con variables incontrolables. Se harán las adaptaciones que correspondan. Está claro que ni los anhelos, n las disforias, ni las frustraciones, ni todo lo que puede preverse que sentirán y experimentarán y pensarán las personas que son el país, son carburante para tal motor político. ¿Serán intensas, casi palpables las ansias? ¿Infinito el altruismo? A estos efectos, es igual. Agua en cesto. Claro: no es invento de los economistas la dificultad del momento. Hay males incompresibles. Pero acá, escuetamente, lo que habrá, será que muchos españoles estarán peor. La familia, los amigos, la salud, el sentido de la dignidad, la imagen de sí, cualquiera sabe qué, sufrirán las consecuencias. Es una mecánica política cuyos costos se internalizan al margen del acontecer político.

Cuando se habla de costos políticos y sociales, es muy fácil caer en lo puramente lírico. Cuidado que importa saberlo, y sin embargo nadie puede decir si el sistema imperante habrá ahorrado a los españoles más disgustos de los por él causados. Sin duda, la historia de España de los últimos cien años rebosa de ejemplos de la onerosidad de la movilización política, aún para los propios protagonistas del despertar dignificador; y pululan los contrarios, de militancias que todo lo bonificaron al decir de los coetáneos. No se dirime así el pleito. Ni es necesario hacerlo aquí. De lo que se trata es de no caer en el embobamiento sobre esta transición tan pacífica, tan racional, tan barata, tan celestial. Se puede creer incierto el valor de lo que se adquiere, y considerar que esto no es salud sino dura convalecencia - y sin embargo estar seguro de que mucho peor sería tener que volver a lo de antes, recaída de la que por lo demás luego habría que reconvalecer ... Los sacrificios no políticos, tomándose como se toman las decisiones políticas en el sistema, son y serán enormes; es decir: muy verosímilmente mucho mayores de lo que es en todo caso inevitable inmolar a los límites de tolerancia mecánica de las piezas que articula esta sociedad en lo que no es estrictamente político.

III. EL MEDIO PLAZO

Me vería en un aprieto, de tener que asignarle cantidad fija de tiempo a la separación del corto y del medio plazos. Casi estoy tentado de volver por pasiva la definición del clásico, haciendo del corto plazo lo que puede columbrar el sabio, y de lo sucesivo algo que sólo los dioses llegan a conocer ... Es realmente grave el problema mismo de cómo hablar, y pensar antes, acerca del futuro menos inmediato.

No voy a hipotetizar, ni a suponer, en modo alguno, que una inflación de tal o cual tasa, ni que un porcentual dado de paro, o que un crecimiento algo positivo o algo negativo o cero, o que ... no sé qué incidencias aisladas son determinantes en la supervivencia de la democracia, inducen a la revolución, o acosan al fascismo. Es costumbre privilegiar ciertas variables, reconocer luego que no se conoce con exactitud absoluta la ligazón causal, olvidarse en seguida de que si la exactitud no es absoluta es que no se puede estar seguro de la ligazón, minimizar entonces la importancia de la inexactitud sin acordarse para nada de cómo se adujo al principio la trascendencia de las variables protagonistas, y lanzarse por fin a pronosticar mediante extrapolaciones sin fundamento ... Lo hacemos todos cuando tenemos prisa, y, entonces, no es un despropósito. Pero una cosa es justificar nuestras decisiones en condiciones que no permiten siquiera analizar correctamente los datos que se tienen, y otra

otorgar a esa clase de operación intelectual una dignidad que no le corresponde en absoluto. Como no tenemos generalizaciones científicas válidas que constituyan explicaciones rigurosas de lo que acontece en la sociedad, no podemos hacer argumentos contrafactuales. Mirando al futuro, no podemos sino hablar de lo verosímil. Y hacerlo como prescribe la buena lógica, es decir con una búsqueda afanosa de toda la complejidad inherente a los procesos descritos y analizados, tratando de suplir con la tupidez de la red de datos vinculados la endeblez del bramante teórico. También, con toda modestia en la previsión, a sabiendas de que las simetrías que proyectan ciertas llamadas teorías sociales no pasan de ser diseños más o menos elegantes de falsas ventanas sobre la realidad - tanto que, la profecía, ni el acertarla la adecenta intelectualmente. En el fondo, de lo que se trata, si se quiere emprender algo posible, es de ofrecer un análisis repleto de indicadores sensibles, susceptible y hasta inductor de constantes revisiones, recordador de la importacia ocasional de mucho que es frecuente desestimar, estimulador de la crítica, enemigo jurado de toda simplificación abusiva. ¡Como que, si hay error en la previsión, es mejor el argumento que antes le permite localizarlo a quien lo oyó!

Las fuentes de que se toman los datos para una argumentación como la aquí aconsejada no siempre se prestan a referencia fácilmente verificable, ni los datos son de los que pueden sintetizarse brevemente, aún después de mucho preparar la síntesis. En todo caso, para defender bien esta clase de demostración, o mejor dicho de descripción, no bastan las páginas de un ensayo como el que aquí se propone. Ni, siendo tan intensiva la investigación necesaria para substanciar la opinión, bastan dos ojos. Con que todo esto, lo de antes y lo de ahora, no puede ser más que un barrunto. Y como tal se presenta, no por escudarme, sino con la esperanza de que no destiñan los defectos del trabajo sobre las características válidas y valederas del género que emula.

No se puede suponer inevitable que el sistema vigente se quiebre a medio plazo. Pero, son tantos los poros por los que puede derramarse la energía de las ascripciones de que se nutre, que sería absurdo suponer que, a medio plazo, tiene forzosamente que sostenerse incólume.

La metamórfosis que parece más probable, llevaría a una democracia más plena, de corte europeo occidental, con la lógica propia de estos modelos.

CVCE www.cvce.eu

Discutir, a esta distancia de un evento así de incierto, la articulación posible de las temáticas, parece poco provechoso. Lo que sí, se entreven con toda nitidez algunos ingredientes de inestabilidad potencial en el seno de ese mismo mecanismo, si llega a suplantar al actual. Y aquí, la atención se centra en el PSOE antes que nada. No, como podría creerse, por implicar que el PSOE tiene la obligación de adaptarse mientras los demás pueden impunemente seguir sus inclinaciones, y aferrarse a sus prejuicios. Pero el PSOE, si no se mueve, diríase que arraiga el status quo; y en cambio profundas transformaciones en su seno parece que propiciarían una reacción en cadena en las otras fuerzas políticas. También, parece más probable que su propia dinámica interior propulse a este partido hacia novedades relativas.

La posible izquierdización del PSOE, la verdadera, con bandazo ideológico o estratégico acompañado de la irrupción masiva de sus propios votantes o seguidores en el escenario político, no se ve por dónde iba a producirse, a no ser que llegara en andas del desgobierno. El desorden, no tiene por qué ser violento. A menudo, cuando se aflojan los resortes del gobierno, los suple la articulación de intereses y grupos. Pero si no los suplen, es fácil entrar en un periodo donde no sólo no funcionan las cosas como se piensa que debieran, sino que los que necesitan desentrañar algo de la dirección que sigue la sociedad, no aciertan a descubrirle ninguna. Esto, que bien podría comenzar con la incompetencia de ministros propios, fácilmente abocaría a los socialistas a soluciones estatistas y reguladoras, tan tentadoras por su aparente sencillez. Lo que no es de derechas ni de izquierdas, claro; pero es en la izquierda dónde los que tal hagan, si alguno llega a hacerlo, pueden encontrar antes el coro de voces (y los brazos) con los que disfrazar su ineptitud con una coartada democrática. Eso, luego, podría obligarles a proseguir - hasta que se les obligara a cesar ... La entropía creciente puede tener otro efecto, también común y que ha inducido a más de una revolución luego abortada: el de que quienes no han abandonado la idea de la revolución actúen fundados en la equiparación, fatal en semejantes circunstancias, de desorden con fragilidad del Poder. Estas son las situaciones en que se creen las izquierdas que la calle sólo la llenan ellos - error sin embargo cuántas veces pagado en los últimos pocos años. Se reputa a los españoles muy pronos a esta suerte de espejismos. Más bien parece, pese a todo, que esta es la menos probable de todas las descompensaciones previsibles. Se dirá que ya es grave que pueda parecer verosímil, y eso es innegable. Pero, aunque sea falso en política lo de que si uno no quiere dos no riñen, alienta aún en muchas

memorias y imaginaciones la alucinación de una guerra civil atroz que ha aguado el fervor por las ideas: no tanto, creo yo, por el miedo, como por intuir la mayoría de los españoles que, a la que uno se descuida, acaba teniendo que empuñar las armas para agredir y defenderse por período indefinido, y en pura legítima defensa contra otros que agreden y se defienden por lo mismo. Añadase que el franquismo, además de haber fomentado el aprecio de ciertas libertades que suprimió, ha aleccionado a no hacerse ilusiones acerca de la facilidad con que se las recupera después de perdidas.

Más probable parece que afloren problemas suscitados por girar, o deslizarse el PSOE, demasiado a la derecha. Ambiguo, necesitado de votos del centro, el PSOE puede encontrarse con una dificultad cada vez mayor de mantener su izquierda y sus reformistas unidos, si hay democratización. España, por las peculiaridades del régimen anterior, ofrece ancho campo a redistribuciones, fiscales y otras, que dan credibilidad a los reformistas. Y la crisis, de la que por no sé qué razón inexplicable se suele decir que favorece a los revolucionarios y significa la condena de los socialdemócratas, en realidad ha vuelto a dar vigencia candente al debate sobre los límites y contenido de un Estado prestador de servicios al que se había empezado, demasiado a prisa, a considerar mamantial inagotable de prestaciones sociales. Hoy, que ni siquiera se está seguro de la irreversibilidad de las que se tienen, recobran importancia sus defensores. Pero no se entiende la relación entre la izquierda y el centro, ni entre aquélla y la extrema izquierda, mirando a los sólos intereses y a sus graduaciones. Tampoco son equiparables las lógicas de los tropismos moderados convergentes de la derecha y de la izquierda. El centro político, por su derecha, se nutre de la pérdida del miedo y de la noción - inevitable en cuanto arraigó la democracia - de que es prohibitiva la intransigencia. No olvidemos que son sectores para quienes los costos relativos son parámetros, y datos, importantísimos - por lo menos mientras no les embarga el complejo de Damocles. En cambio, lo que impele al centro político - comoquiera que se llame hoy en nuestros países, y haya uno o más partidos en pugna por monopolizarlo - a los que proceden de la extrema izquierda (y no por el cansancio, ni a por el pesebre) es la desilusión rotunda. No consiste esto en precios y costos ; sino que sigue a un juicio negativo de factibilidad. Hay en la política tanto - tantísimo más de lo que se suele pensar - de estrictamente racional ... Aún las pasiones más encendidas son muy a menudo trasunto, consecuencia, o revestimiento de un análisis anterior dotado de la más impávida coherencia. Por eso creo que, aunque esquemático a la fuerza, eso que se acaba de decir

sobre la naturaleza del corrimiento de una opinion extremista de izquierdas hacia el reformismo, debe tenerse en cuenta a la hora de imaginar la forma verosímil de plantearse, en un contexto español de política movilizada y de acentuado reformismo del lidership socialista, el problema de la unidad del PSOE.

Opino que puede suponerselo planteado como sigue. Líderes que piensan (y pensarán muchos, porque en democracia los errores se suelen pagar) saben la revolución sin estrategia ni táctica, huérfana de teoría, despojada de todo modelo viable. Cada vez más. Saben que, salvo la opción de la reforma, las alternativas previsibles están abocadas a una derrota de la intentona revolucionaria a manos de la reacción o a la caquexia de origen endógeno, la que causa el germen letal del stalinismo, de que son portadoras las revoluciones modernas cuando triunfan exangües de sus enemigos iniciales. Y saben los jefes que, así, aún esos programas a medio plazo llamados de transición no pasan de ser un expediente de circunstancia, y a la postre una engañifa - puesto que no puede saber si transita hacia la meta quien desconoce su paradero. Sabido todo esto, falta todavía un elemento crucial para comprender la divisoria que separa a unos jefes de otros. Este elemento, claro está, estriba en que hay crédulos que son revolucionarios, entre seguidores y votantes. Por mucho que se diga, la credulidad antes suele derivar de ignorancia y mala información que de cortedad, y por eso a los crédulos a los que se quiere mantener movilizados no hay que decirles que la revolución se avecina, sino que, aunque posible, va para largo. Así el panorama, los moderados insisten en que hay que desengañar a los crédulos; estigmatizan de demagogos a los que optan por alegar el simple aplazamiento coyuntural de la revolución; se califican a sí mismo de realistas; tildan la demogogía de deseducadora. Los demagogos, por su parte, hacen su demagogía; conscientes unos de la mentira que propalan y otros no; creyendo algunos de los que mienten que así sirven mejor sus propios intereses, pero también convencidos algunos de ellos de que así sirven mejor la revolución, su fénix. Si el PSOE no alcanza a retener a moderados y a demagogos y crédulos, y sigue sin más un derrotero moderado, éstos se irán. Al PCE; porque algo le queda del beneficio de la duda al extremista que tanto tiempo fue (y por más profesó ser), y porque tiene mejor organización para hacer creer que lo que se demora sigue siendo perfectamente posible.

La forma en que se plantea el problema al liderazgo socialista es interesante, porque trae a la política española esto que todos han hecho por exiliar de ella, v.g. la variable de la autoridad personal. Los moderados que dicen que la demagogia es deseducadora son convincentes; lo es hasta la que predica la paciencia, mintiendo la factibilidad. Pero los líderes izquierdistas a quienes les viene ancho el corsé moderado, que tan desembarazados se manifiestan con las muletas reformistas, no comprenden que lo que a ellos parece realismo cobra así figura de tibieza en el mejor de los casos, de traición en el peor. El problema está en que hay un proceso de intención. El realismo no está reñido con el deseo revolucionario - sólo con la esperanza. La voluntad utópica no es demagogia; puede dar prueba de la pertinacia de su afán poniendo el ahinco en la búsqueda misma de soluciones. Acaso pueda mantener unido el PSOE hipotético de que hablamos alguien de quien se crea que es sinceramente moderado porque sabe que no puede ser sinceramente revolucionario, y hasta poder serlo. Cuando la intención se convierte en elemento político destacado no hay forma de eludir la consideración detallada de la posible credibilidad de ciertas personas en tal o cual aspectos, y por ende el estudio de su historial. Yo no estoy del todo seguro de que tenga aquí el PSOE todo lo que necesita.

El éxodo masivo al PCE no habría de salvar a éste de sus contradicciones insolubles, que le zarandean de la puerta grande de la reserva para intransigentes pintorescos a la puerta chica de la socialdemocracia. Pero pueden surgir ideas y, aunque el PCE no esté haciendo nada por que surjan, las puede traer si florecen en otra parte. Entonces importará quién sea el partido de los crédulos, porque es también el del grueso de los disponibles. La esperanza que saque a cabalgar la fantasía utópica tendrá sujetos colectivos; no podemos adivinar cuáles, pero el que tenga encuadrados a los disponibles - si todavía los hay organizados en Europa cuando eso ocurra - puede que adquiera peso considerable. ¿Fantasía, la del analista? Recuérdese el mundo en 1913 y luego en 1917 ... Pero no hace falta ir tan lejos: los disponibles que se llevara el PCE, los utilizaría para organizar. Con ellos, acaso lograría algo que ambiciona, convertirse en el partido de la movilización obrera, la ciudad proletaria en la sociedad española. Esto no es en absoluto incompatible con el reformismo, como se ha visto en Europa con partidos socialistas y luego comunistas que siguieron esta evolución. Lo que sí es casi seguro es que, frente a tales transformaciones, orientadas a una organización en profundidad, la derecha se movilizaría para contrarrestarlas. (El PSOE podría emprender una organización similar - con efecto parecido en la derecha. Pero no se ve que

vaya por ahí.) En todo caso, el impacto del reflejo simétrico a la derecha, podemos suponerlo. Y merece que se lo prevea.

La derecha española, no lo olvidemos, sigue teniendo su organización nacional en lo que es la organización católica, con todas sus ramificaciones. La contrapartida de la movilización en profundidad de la izquierda es una democracia cristiana española. Es decir, no fascista, poco intervencionista en economía, pero, recordémoslo, algo que todavía sigue siendo muy distinto de lo que representaron y son la DC italiana, o la francesa. Una democracia cristiana procedente en linea directa de la CEDA gilroblista, y que ha sido relativamente marginada por las habilidades del suarismo, pero que está muy presente, dentro y fuera de UCD. Con salvedades claro, como siempre -

pero en general dura, provinciana, acibarada; competentísima y eficaz en resolver los problemas tales y como los plantea - que es con esa absoluta ceguera para el matiz y los efectos llamados secundarios, propia de quienes creen de veras que hay un número finito de problemas, cada uno con su sola respuesta adecuada, y correspondientes a sendas situaciones ... No se dice esto aquí por criticar un estilo, sino porque éste hace a muchos de esos prohombres incapaces de mantener por mucho tiempo el diálogo con nadie, aunque su interlocutor esté fundamentalmente de acuerdo con ellos, como les ocurriría a los socialistas, que entonces tendrían que dejar de estarlo ... En todo caso, hay un peligro de esta índole.

La plena movilización no es sino una de las posibilidades. Otra es la evolución del sistema actual hacia un entretejido de clientelas, simbióticas o enfrentadas según el momento y la ocasión. El juego de reconocimientos y de ascripciones de liderazgo sobre que reposa el sistema actual, es probable que lo puedan jugar en beneficio suyo propio y en grado creciente cada jefe con sus superiores. Aunque sean muchos, los recursos no se obtienen todos por delegación de las alturas. Políticos que nada tenían salvo ambición cuando se les dio vida a cambio de ascribir obedientes las jefaturas que se les indicaban, tienen ya a su vez, quien más quien menos, políticos menores dispuestos a hacer lo propio. La forma como tantos políticos activos buscan desesperados afinidades y pretextos para unirse con otros es indicio de lo lejos que se está aún de una trabazón sólida; pero también lo es de la tendencia en una dirección. Algunas agrupaciones regionales de parlamentarios - las menos obvias - son un buen

CVCE www.cvce.eu

ejemplo de esto. Las líneas generales de esta clase de proceso de clientelización son conocidas. Le acompaña el empeño de no terciar en lo que puede causar roces o dificultades. A falta de otros focos, la fábrica se convierte en el fulcro de la lucha de clases. El municipio y entidades locales, sin fuerza para acopiar recursos, se hallan frente a poderes que no tienen tampoco fuerza para impedirles que emprendan una gestión deficitaria. Y así, se redistribuye por canales soterrados, oficiosos, a los que más rehenes electorales pueden presentar. Hasta que hay que poner coto a todo eso ... El proceso puede ser muy lento. Pero estos regímenes tienen un defecto: que reducen mucho la cantidad de recursos que necesita el que quiere derrocarlos. Esto es algo muy grave que comparten estos sistemas de clientelas y la democracia nuda. El grado de competición entre los políticos y su capacidad de desdramatizar, condicionan en ambos tipos de regímenes los límites del chantaje a que se los puede someter. Pero estos modelos no despiertan pasiones de lealtad; pronto los desprecian aún aquéllos a quienes más beneficios relativos reportan; y con eso, y tanta desmovilización, cuesta trabajo imaginar al cabo del tiempo un sobresalto colectivo por defenderlos si están amenazados.

Sigan las cosas como las organiza el sistema actual, o se pase a un sistema de semi-democracia clientelista, estas son las hipótesis donde cobra toda su importancia el problema del terrorismo. La forma en que éste se presenta en nuestros países, tiene un meollo estable: por poco que sean eficaces los terroristas o ineficaces los policías, y por poca que sea la complicidad con que cuentan aquéllos, es casi imposible estar seguro de cómo se les puede eliminar, excepto con métodos que nuestras costumbre rechazan; por otra parte, y salvo impunidades políticas y ineficacias policíacas nada comunes, es poco menos que imposible para esos terroristas ensanchar su acción y su campo de operaciones hasta convertirse en verdaderos ejércitos clandestinos. Problema, pues, de suerte, de aguante, de confianza. Pero, ya lo sabemos, la ineficacia policíaca puede servir de pretexto.

Al respecto, en España, lo primero que podemos decir es que este problema seguro que seguirá planteado con agudeza y sin amortiguación. Porque la policía, no tanto por sus ideas políticas como por la noción en que se formó de la naturaleza y riesgos de la profesión, está hipersensibilizada. Y porque en todas estas cosas, si la legalidad normal puede resultar insuficientemente coactiva, las restricciones de libertad tienen un sentido muy diverso según quien las sugiera , imponga o administre ; y hace falta que el origen, el historial, y todo lo que se sabe del que manda y decide apacigüen los resquemores

más justificados y generalizados. Y para eso, en España, estamos algo desprovistos, y por las trazas vamos a seguirlo. Ni tenemos para los que desconfían de suspensiones de garantías prolongadas, ni tampoco para que los llamamientos oficiales a la calma no parezcan indiferencia congénita a otros desconfiados. El pretexto del terrorismo está pues ahí, para que se lo use.

¿Y quién podría usarlo eficazmente contra un régimen debilitado por su propia sistemática desmovilización, si no las fuerzas armadas? Eso dicen. Pero yerran sin duda. Sanjurjadas aparte, ni los militares españoles son como lo que se los pinta; ni si lo fueran es seguro que iban a descubrir fácilmente su unanimidad; ni aún descubierta ésta se vuelve tan fácil el paso definitivo. Otra vez, podemos dejar este aspecto sin desarrollarlo - pero no sin apuntar que la razón de hacerlo radica en la convicción de que es remotísima la posibilidad.

A menos que el Rey; salvo si el Rey; siempre y cuando el Rey; no contra el Rey; no con el Rey ... Siempre, asoma el Rey en el análisis, como personaje central. Hoy, y mientras España no tenga una democracia plenamente movilizada. Esencial en el sistema desmovilizado, estabilizador con capacidad desestabilizadora, interviene mucho. Por vocación, acaso; por necesidad, también, y más de la que se cree. Es la esfinge de la política española. El disimulo de sus ideas es natural; ha servido a la democracia, y de suyo no la perjudica. Lo que no podemos, en cosas como ésta donde la confianza sería ella misma perjudicial a lo que se quiere proteger, es estar seguros. Parece, sí, con el Rey antes Príncipe de España, que se hizo el prodigio de tirar la recta por regla torcida. Pero el analista debe recordar la lógica propia del marco institucional - que no es lo mismo que imputar intenciones a las personas. La síntesis: en un régimen desmovilizado como el actual o el de clientelas, es tan fácil el golpe armado con la complicidad del monarca como arriesgado en contra suya: facilidad y riesgo insertos en un contexto donde se ve muy claramente que interesa a la Corona estar con la democracia saneada; y le interesa salvar la democracia si está amenazada, siendo tanto mayor el rédito cuanto mayor el peligro del que la salve; pero también le interesa a la Corona apuntillar públicamente la democracia, si ésta llega a estar moribunda, de veras o siquiera a ojos de quienes deciden estos entierros.

CVCE www.cvce.eu

IV. IMPACTO DE EUROPA, SI ESPAÑA INGRESA EN LA COMUNIDAD

"Europa": el conjunto de ideas, la caja de herramientas conceptuales para ser usadas en vez de padecidas, manejadas al arbitrio propio en vez de según imposiciones de la circunstancia - esa Europa, que algunas veces en un pasado no tan lejano y en otros países del continente fue instrumento decisivo para desmadejar, desprovincializar, liberar, nos llega como nos llega. Ideas yertas, romas. No sólo falta la pasión: falta algo que sea capaz de suscitarla. No es culpa de los españoles si nos llega ajada, la idea central - un Zollverein ... Lo que es seguro es que, ahora, y a la corta, nosotros no hemos de instilarle vivacidad. Pasa con esto como con todo: la voluntad de desdramatizar, la importancia para cada jefe de que lo acordado no se convierta en triunfo del otro, vedan la publicidad intensa, desaconsejan toda movilización. Hasta tal punto que los negociadores españoles, para quienes sería lo previsible que el consenso europeísta incondicional de los partidos constituyese la fuente principal de se debilidad, la van a encontrar en vez, sin duda y pronto, en la ya indicada falta de instituciones intermediarias capaces de imponerse o de interponerse, pero que permiten a gobiernos que negocian con amigos poco dadivosos escudarse detrás de la intransigencia de sus gobernados.

Mirados ahora en cambio las ideas que conllevan el itinerario hasta el ingreso, y el ingreso mismo, como un conjunto de nuevos hitos en el paisaje político, puntos de vadeo obligados, referencias inexcusables, el pronóstico se sigue sin esfuerzo de lo que se dijo. Si el sistema político español es como se ha dicho, y sigue tal cual, o se clienteliza, Europa abundará en su favor. Con sus mecanismos intervencionistas, sus tecnocracias, su lógica à-la-FMI, sus serpientes monetarias, todo harto conocido, aunque haya que alterar alguna pequeña costumbre intelectual inveterada. Todo muy ortodoxo. Con la sola novedad de que, seguramente, el contacto más frecuente con el resto de Europa occidental, su conocimiento más inmediato, la participación en sus discusiones, favorecerán la absorción indolora y sin brusquedad de cualesquiera imperativos nuevos que se vayan gestando. Si el sistema español evoluciona hacia una democracia mucho más movilizada, es posible que la principal novedad aquí sea la verdadera "europeización" de las formas españolas de discutir y resolver. Si en vez peligran la libertad y la democracia entonces existentes, el ingreso en la CEE puede resultar vital y salvador para lo amenazado: Los dinteles

políticos y aún económicos que establecen los tratados pueden ser un Rubicón infranqueable para candidatos a césar con recursos insuficientes. En esto, la crisis actual, por tantos estilos parecida a la de los años treinta, es bien diversa de aquélla.

Impacto del desafío económico, de los nuevos datos sociales: la conclusión es brevísima. La repito. Si vale el análisis propuesto, el sistema político tiene una enorme capacidad de adaptación, por desplazar el impacto de la política económica a la vida privada. Movilizada la democracia, sería otra cosa; pero eso no parece inmediato.

El resumen de este pronóstico razonado, si hay que reducirlo a algo muy general, es que el impacto del ingreso europeo será sin duda mínimo para la política española. No porque no importe el ingreso, sino un poco porque está descontado ya, y porque lo que trae es igual a lo que ya hay, si hacemos la comparación entre esto y aquello desde el sólo punto de vista del mecanismo político implantado y de su funcionamiento. Hasta es probable que causaría un impacto político diferencial mucho más perceptible la negativa al ingreso, nuestra o ajena, sobre todo si Europa se amuralla detrás de sus aranceles, y amenaza con dejarnos fuera a los españoles.

El análisis termina aquí - "regole che si possono scrivere in su'libri". Con la obligada indicación de cautela, dirigida sobre todo al que pudiera haberse dejado convencer: "e'casi particolari, che per avere diversa ragione s'hanno a governare altrimenti, si possono male scrivere altrove che nel libro della discrezione".

Un mejor análisis reduciría quizás la incertidumbre. O no. En cambio, una intención política firme, y los recursos para plasmarla, seguro que la reducirían. En democracia, esos recursos sólo se obtienen ganándose aliados y constituyéndolos en actores sociales idóneos. Será que hay que predicar, y convencer, para conocer mejor el futuro ... Pero aquí ya habla otro.

27 de Noviembre de 1978